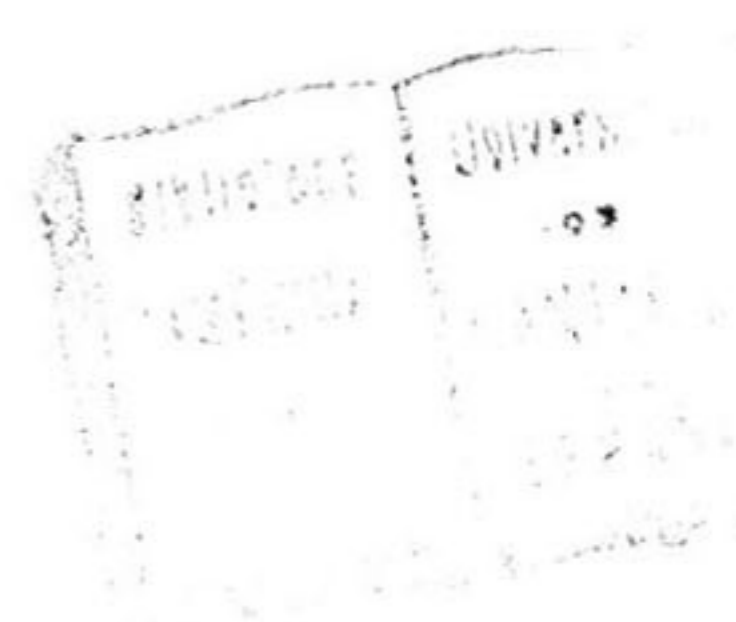


*BIBLIOTECA DE AUTORES VERACRUZANOS*

4



**OBRAS COMPLETAS DE RAFAEL DELGADO**

**Volumen IV**

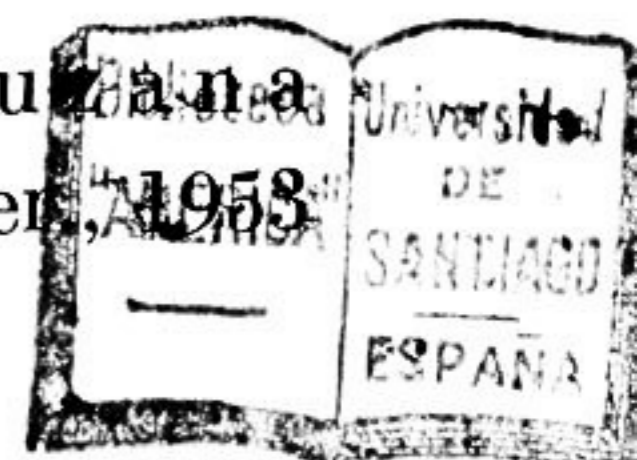


R A F A E L D E L G A D O

DISCURSOS



Ediciones de la Universidad Veracruzana  
Juárez 23 Jalapa, Ver.





Edición conmemorativa del Primer  
Centenario del Natalicio del Maes-  
tro RAFAEL DELGADO



# P r ó l o g o



*Diez fueron los Discursos pronunciados por el novelista don Rafael Delgado; unos conservados y otros perdidos por el transcurso del tiempo.*

*Lógico fué que quien comenzó a distinguirse como poeta en la provincia, fuese a menudo solicitado para dirigir la palabra a una concurrencia a actos de homenaje escolar, de conmemoraciones patrióticas o de celebraciones diferentes.*

*No fué la actividad oratoria rama de su dominio, que no tenía el cordobés ni cuerpo, ni arrogancia, ni voz para poder dominar un auditorio.*

*Prestigio en estos menesteres no lo obtuvo; no agregó ni un ápice a lo obtenido en otras dedicaciones artísticas.*

*Y no se quiera creer que ello fuese debido a lo mal pergeñado de sus alocuciones. ¡Lejos de eso! Conocía debidamente cuanto a ello concierne y al estudiar sus piezas oratorias se le encuentra cumpliendo con su finalidad: preparando el ánimo de quien va a escuchar, fijando el estado de lo que va a presentarse, exponiendo debidamente los hechos, usando de las pruebas que justifican los asertos, destruyendo lo que se opone a las aseveraciones y concluyendo acertadamente para el fin que se persigue.*

*Sus discursos, sus brindis, sus alocuciones, tienen el interés del momento en que fueron pronunciados, solamente se salva de esto el que dijo con motivo del Tercer Aniversario Secular de la publicación del Quijote, en Orizaba; y se coloca en esa situación porque deja de ser en verdad un discurso, para convertirse en una verdadera obra didáctica, en un compendio de estética literaria, en el que vació Delgado cuanto de tiempo atrás venía atesorando con cuidado, con deleite, con paciencia de artífice, para dejar a la posteridad encerrada en unas cuantas páginas, la obra más delicada y más pura y más coherente y muy mucho*

mejor escrita que salió de su pluma: fué ese discurso la obra maestra del autor de "La Calandria".

En su discurso con motivo de la distribución de premios a alumnos de escuelas de Orizaba, que fué el primero que pronunció, el 1º de marzo de 1886, se encuentran las condiciones que debe reunir una pieza oratoria: exordio, narración o exposición, pruebas y peroración o conclusión.

Con qué humildad, con qué modestia comienza su exordio el distinguido maestro: "El discreto e ilustrado auditorio que me escucha no habrá puesto en olvido que, otras veces, los altos problemas de la educación y las importantes cuestiones de la enseñanza popular, han sido tratadas a maravilla, desde esta tribuna..."

"¡Qué mucho que hayáis podido quejaros de malaventura al verme llegar a este sitio..."

"Ninguna de aquellas calidades encontraréis en mí, pues de fijo que no fueron ellas las que pesaron en el ánimo de mis compañeros al honrarme 'con la designación...' acaso creyeron que los años no habrían bastado a borrar de mi mente los días alegres de la vida estudiantil, y que vivos estarían en mi mente los recuerdos de esa época en que el mundo todo nos sonríe..."

Después hace la debida exposición del asunto que va a exponer, con una pulcritud y una sencillez que se aplauden.

No tiene vehemencia y arrebatos; expone con claridad, pero sin sonoridades oratorias; no arrastra, no lucha, no defiende, solamente conversa, pero conversa adornándose con la poesía.

Y al poder aducir pruebas a sus aserciones, las elude graciosamente, porque considera que "no sería del caso entrar en su análisis, ni oportuno engolfarse en las varias, diversas y múltiples consideraciones a que seríamos llevados por su examen; bástenos, pues, estudiar al alumno y al profesor en aquello que les une y atrae, señalar sus influjos y relaciones, y determinar sus recíprocos deberes".

Y así lo hace, en una prolongación de su exposición, para llegar con facilidad a la peroración buscada.

En su discurso pronunciado el 15 de septiembre de 1887 con motivo del aniversario de la independencia patria, también se ostentan con cla-

ridad las partes de él; solamente que su exordio es más pequeño, que ya tiene galardones ganados para huír de muchas alocuciones justificativas. Y su exposición es discreta, pero con arranques explicativos que tienden a borrar discusiones entre vencedores y vencidos, buscando el abrazo cordial entre ellos, justificando su deseo, con aportación de lo que llamaríamos pruebas; y armándose para exponer con acendrado sentimiento, el patriotismo que en actos como el que se celebra debe existir.

Señalan las crónicas de la época, que Delgado pronunció en ocasiones distintas, algunos brindis en homenaje a personalidades que visitaban Orizaba. Los citados se han perdido; nada de ellos ha sido posible encontrar, si no alguna pequeña alusión en crónicas de tales festejos.

Así se dijo que en el banquete ofrecido al periodista americano E. H. Talbott, en Orizaba, el 5 de diciembre de 1887, "con la facilidad, corrección y elegancia de siempre, brindó por la Prensa Mexicana, siendo su brindis uno de los más aplaudidos..."; que en la comida dada a Mazzantini, el 26 de enero de 1888, se leyó un brindis que había escrito para tal ocasión, pero que debido a la muerte de su padre, acaecida días antes, no pudo decirle de propia voz.

Asimismo, con motivo de la colocación de la primera piedra del monumento al Cura don Nicolás del Llano, de labios del escritor veracruzano se escuchó el discurso alusivo, que como todo lo de él fué "digno de su hábil pluma"; alocución también perdida.

Y en ocasión de la distribución de premios a los expositores que concurrieron a la Segunda Exposición de flores, pájaros y peces de ornato en Coyoacán, el literato Rafael Delgado fué designado para decir el discurso oficial, a propuesta del señor Fernando de Teresa, cuyo Secretario era en el año de 1896.

En esa ocasión su discurso fué una versión nueva de su *Conversación Literaria* "El amor a las flores", a la que hizo pequeñas variantes y adobó con algunos párrafos nuevos, pero privándola de otros hermosísimos que se encuentran en la dicha en Orizaba. El triunfo fué rotundo y ameritó que se le ofreciese en la Preparatoria la cátedra de Botánica, que no quiso aceptar.

El 8 de julio de 1905, en el Teatro Llave de Orizaba, pronuncia la pieza literaria más hermosa que escribió y que ha de ser motivo de con-

sideraciones especiales, de estudio particular, por lo que en líneas anteriores se ha expuesto.

En Puebla, el 8 de diciembre de 1907, se celebra la erección de la Universidad Pontificia y entre los oradores escuchados estuvo don Rafael Delgado.

La pieza oratoria pronunciada no ha sido encontrada; sabemos que ella fué vigorosa, brillante, trascendental y que mereció los aplausos del auditorio.

“No hay que decir que el discurso del atildado prosista Rafael Delgado fué un derroche de elegancia y galanura. El novelista orizabeño hizo el elogio de la ciencia y de la Religión en un admirable consorcio para el bien y el progreso de los pueblos. Su discurso fué una deliciosa acuarela de la Universidad Católica. Tuvo rasgos felices para destacar las figuras de los grandes hombres del saber y la fe”.

Cuando los escritores José Segarra y Joaquín Juliá, periodistas valencianos que recogían datos para su libro “La Ruta de Hernán Cortés”, pasaron por Orizaba, hizo la presentación de ellos, en el Teatro Llave de esa ciudad, la noche del 30 de mayo de 1908, el autor de “Angelina”.

Con extremada gracia hace y adorna su peroración con citas de reminiscencia histórica; y trae recuerdos que en los escenarios de Roma se abría y cerraba toda representación con “dos figuras, que no personajes: el Prólogo y el Epílogo”. El primero era el representante del poeta y le incumbía relatar el argumento, indicar cuáles eran los propósitos del autor y señalar la trascendencia del poema.

Y en esa ocasión, dice el cordobés, que él es dicho personaje, aunque su encomienda no tiene nada de difícil.

Y después de señalar la curiosidad viajera de los valencianos, dice de ellos que son dos andariegos “que llevan en la suela de su calzado de excursionistas partículas de la poesía aérea y alada”, haciendo suya la expresión de doña Emilia Pardo Bazán.

Y el Prólogo terminó y al hacer referencia al Epílogo, dijo que “aparecía en el foro sueltas las puntas de la toga y portando en la mano izquierda una rama de laurel, y sereno el ademán, apacible el semblante, adelantábase hasta el comedio de la escena, y en términos concisos y

sentenciosos fijaba las enseñanzas del poema, y con la fórmula clásica, *plaudite cives, reclamaba para el poeta un tributo de gloria*".

*La última alocución escuchada a Delgado fué el 9 de abril de 1909, con motivo de la muerte del Director del Colegio Preparatorio de Orizaba, doctor don Nicolás Díaz.*

*Es un adiós al maestro, al amigo, a quien desea que su sepulcro sea un monumento perdurable levantado a su gran saber, a su modestia urgente y a la virtud innegable que poseía.*

*La muerte, dijo en esa ocasión, sirve para apagar rencores, para olvidar las pasiones malas que pueden alentar, para acallar los gritos de reproche y de escarnio y solamente permite que se levante la voz del amigo para cantar elogios, para señalar virtudes, para reconocer los méritos que adornan. En tales circunstancias "la amistad obedece a un imperioso mandato; entonces la gratitud vigilante y cariñosa no hace alarde de lisonjas ni lagoterías, y una y otra se yerguen conmovidas y vibrantes, serenamente justicieras, y precisan, cuentan, pesan y fijan hasta el mérito más pequeño para justificar su emoción y su reconocimiento".*

FRANCISCO R. VARGAS



## D I S C U R S O \*

Los estatutos de nuestro Colegio Preparatorio imponen a su Junta Académica el deber de comisionar anualmente a uno de sus miembros, para que, en esta fiesta solemnísimá, dirija en nombre suyo la palabra a los alumnos que por su buena conducta o aplicación y aprovechamiento se hicieron dignos de singulares distinciones.

El discreto e ilustrado auditorio que me escucha no habrá puesto en olvido que, otras veces, los altos problemas de la educación y las importantes cuestiones de la enseñanza popular, han sido tratados a maravilla, desde esta tribuna, por distinguidos profesores, jóvenes los unos y dotados de claro talento y brillante imaginación y encanecidos los otros en las aulas y ricos de experiencia, pero todos preclaros de saber.

De su labio habéis escuchado, no solamente atinadas observaciones, oportunos consejos y sólidas doctrinas, fruto bien logrado de constantes tareas, sino también elocuentes discursos a los cuales la riqueza, la gracia y la majestuosa gallardía de la incomparable lengua de Cervantes prestaban, como a manera de ropaje de fiesta, donaires y atavíos, para presentarse dignamente delante de vosotros.

¡Qué mucho que hayáis podido quejaros de malaventura al verme llegar hasta este sitio, o al saber quién era el designado para dar cumplimiento a tan honroso cuanto difícil encargo!

Ninguna de aquellas calidades encontraréis en mí, pues de fijo que no fueron ellas las que pesaron en el ánimo de mis compañeros

---

\* Pronunciado en la distribución de premios a los alumnos de los establecimientos de enseñanza, llevada a cabo la noche del 1º de marzo de 1886.

al honrarme con él. Acaso pensaron que quien a los alumnos tan justamente distinguidos debía felicitar en esta noche, necesitaba abrigar en su corazón amor profundo a la juventud, y tener en su palabra, siquiera fuese por la proximidad a ella, algo de esa edad venturosa, tan ardorosa en sus empresas, tan generosa en sus deseos, y tan llena de nobles y santas aspiraciones; acaso creyeron que los años no habrían bastado a borrar de mi mente los días alegres de la vida estudiantil, y que vivos estarían en mi mente los recuerdos de esa época en que el mundo todo nos sonrío, horizontes sin límite se dilatan a nuestra vista, y la esperanza agita sus alas, como la golondrina alborozada, ante las pompas y galanuras de la estación serena de flores.

Si tales cosas en mí creyeron encontrar, a fe que no cayeron en error. ¡Cómo no tener para la juventud amor profundo y singular afecto, cómo no sentirse atraído por esos jóvenes que hoy cruzan regocijados el sendero por donde nosotros íbamos ayer, que ajenos a los desencantos y amarguras de la vida, alientan descuidados en medio de la inquietud ingente de su edad, a quienes el dolor no aterroriza ni quebranta y que con la frente erguida vagan por las playas del mar proceloso de la existencia todavía confiados y felices! ¡Cuán hondas huellas dejan en el corazón los años alegres de esa edad! ¡Cómo persisten en el alma, y cómo los más duros embates de la suerte y las más recias contrariedades de la vida no son parte a borrarlas, sino por el contrario, como que las avivan, aclaran y abrillantan, así como la mano tenaz y perseverante del artífice da lustre y esplendor a los metales!

Estas son sin duda las razones por las cuales me tenéis ante vosotros, y aunque tales motivos no bastarán a salvarme, confío en que abonará mis faltas la idea siempre respetada del cumplimiento de un deber. Séame, pues, permitido demandaros vuestra indulgencia al pedir por breves instantes de esta noche vuestra benévola atención.

Todas las edades se relacionan entre sí, se unen y se enlazan con misteriosos vínculos, ejerciendo recíprocamente, y por rara manera, influjos dignos del estudio del moralista y de la consideración del pensador.

No me refiero a esos influjos comunes y vulgares que están al alcance de todos, que no escapan a nuestra vista, que nacen, crecen

y se desarrollan con la propia naturaleza, que son como características de cada época y edad, y que forman parte, para decirlo con una frase al uso, del medio en que nos agitamos y vivimos; no, los influjos que aquí conviene señalar son otros, semi-recónditos y velados, que se ocultan en las arcanidades del corazón y del espíritu, que a las veces revisten formas de ternura y respeto y en otras de compasión y simpatía.

La niñez, alegre, feliz, inocente y bulliciosa, extiende hasta la ancianidad tan distante de ella, cierto influjo místico y avasallador, y muy extraño por lo que en sí tiene de antitético, que examinado en sus detalles nos admira y asombra.

Colocado el niño en los primeros peldaños de esa penosa escala de la vida, estando a principios de ese viaje en que por los dolores se cuentan las jornadas, en medio de una naturaleza risueña y activa, dotado de un vigor y de una fuerza de crecimientos y desarrollos incessantes, tiene no sé qué de encantador y hermoso que atrae y consuela a los que más desgraciados, o acaso más felices, tocan el término de ese camino, en cuyos zarzales han dejado pedazos del corazón, sienten ya en su cuerpo los desmayos de la muerte y en su espíritu las sombras primeras de su eterna noche.

De aquí nace, señores, ese cariño apasionado y placentero del hombre maduro para el animoso adolescente, mezcla maravillosa de ternura y de dulce y compasiva tristeza.

La vejez, esa edad que sería aterradora si no estuviera ennoblecida por el respeto y consagrada por los fueros de la autoridad; edad que yo compararía a esos períodos de la historia de las grandes naciones que después de haber cumplido con su destino, asombrando al mundo con sus conquistas, después de haber llevado a todas partes el eco de sus glorias, después de haber paseado por todos los ámbitos del orbe sus estandartes triunfadores; faltas de aliento, rendidas bajo el peso de sus lauros y casi postradas de fatiga, bregan por conservarse y prosperar, y en majestuosa y serena decrepitud, descienden y caen para no levantarse jamás, dejando una memoria fecunda y venerada a los pueblos que deben de sucederlas; la vejez corresponde al influjo que de la niñez recibe con otro que reviste un carácter especial, influjo semejante a la impresión que causan en el ánimo el aspecto de una gran ruina, los

restos de un poderoso ejército diezmado por la peste, o los despojos de una nave hecha pedazos por las tempestades del océano. Hay en ella algo conmovedor y lamentable, algo profundamente trágico y sublime que nos arrebatara y nos subyuga y en sus transportes nos engrandece y nos eleva.

Aquí descubro yo, aparte de su origen divino y de su objeto providencial, las fuentes humanas de esos elementos generadores de respeto y veneración, y de ese principio de autoridad que las más tremendas convulsiones no han logrado desquiciar en los pasados siglos y que en vano combate, en los tiempos modernos, ese espíritu de rebeldía que agita y conmueve, hasta en sus cimientos, a las naciones contemporáneas. Principio saludable y firmísimo, eje y regulador de la humanidad, cimiento de instituciones y de pueblos, y brújula indispensable para los que a su cargo tienen la dirección y el gobierno de las grandes colectividades sociales.

Afectan el amor y la vida del anciano algo de infantil en sus acciones y ternezas que endulza asperezas geniales, calma y sosiega la impotencia del espíritu, y equilibra, por decirlo así, los últimos esfuerzos de la mente con los postreros impulsos del corazón. Así en estas dos edades, los mismos sentimientos se paralelizan y uniforman, son como los rayos de la luz, alegres al despuntar el día y un tanto entristecidos al caer de la tarde, pero en ambos crepúsculos, multicolores y brillantes.

La virilidad, exuberante de vida y de fuerza, llena de anhelos y esperanzas, enérgica en sus manifestaciones, apta para la lucha por la existencia, término medio de las edades del hombre, lazo que las aproxima y eslabón que las une, se resiente de ambos influjos como participa de entrambas naturalezas.

Colocada a manera de columna miliaria a la mitad de la vida, parece contener la mayor suma de vigor físico y moral y simbolizar los sueños e ilusiones de lo pasado y las luchas y constantes esperanzas de lo porvenir; recibe de la senectud, a quien sostiene y socorre, enseñanza y consejo, y sirve a la niñez con quien simpatiza y está en contacto, de apoyo y protección.

¡Hermoso destino que los hombres cumplimos sin darnos cuenta

de ello! ¡Maravilloso plan que declara ser hijo de una Inteligencia Suprema e Infinita!

Esto que tan en abstracto hemos estudiado y tan a la ligera acabamos de señalar, se observa en la gran cadena de la Humanidad, en todos los órdenes, en todos los seres y en todas las fases de su ser; pero en la vida intelectual, en que la comunidad de ideas y de sentimientos identifica las esperanzas, en la gran familia de los que a las ciencias y a las letras se consagran, se revela y descubre con portentosa claridad.

Entre el adolescente para quien principian a levantarse los velos de la verdad, el profesor que investido ya de nobilísimo carácter moraliza, enseña, y, en una palabra, civiliza, y el maestro que acaso vive únicamente por sus obras, prolongando por medio de los libros su prodigiosa actividad a las generaciones que pasan por la tierra, aquellos influjos y aquellas relaciones se nos presentan bajo aspectos idénticos.

No sería del caso entrar en su análisis, ni oportuno engolfarse en las varias, diversas y múltiples consideraciones a que seríamos llevados por su examen; bástenos, pues, estudiar al alumno y al profesor en aquello que los une y atrae, señalar sus influjos y relaciones, y determinar sus recíprocos deberes.

El gran poeta de las *Contemplaciones* ha celebrado la vida del profesor en una página brillantísima que la celebridad ha llevado a todos los pueblos cultos y que vuestra ilustración habrá admirado muchas veces. Hay en ese himno elegíaco, nacido de lo más íntimo del alma, tal fondo de melancolía que no puede leerse sin tristeza.

Aquel hombre pálido, triste y cabizbajo, sin amor y casi sin esperanzas, para quien la naturaleza con sus valles risueños y floridos y sus arboledas rumorosas y plácidas no tiene más que bellezas otoñales; bajo cuya frente se han abrigado tantos pensamientos graves y profundos y tantas ideas fecundas y civilizadoras; por cuyo corazón han pasado tantos dolores, dejándole sus punzantes espinas, y cuya vida ha sido estéril para todo lo que los hombres admiran y aplauden, ensalzan y celebran, mira desfilan ante sus ojos las generaciones que de sus labios recibieron ideas de bondad y de justicia, benéficas enseñanzas y saludables consejos, todo el tesoro de sus vigiliadas, conquistado a fuerza de trabajos y de amargura y prodigado con real magnificencia.

Ante sus ojos pasan los seres confiados un tiempo a su cuidado, felices, dichosos, llenos de honores y de glorias, sin que a él le sea dado participar de tantas alegrías, sin que aquellos jóvenes nutridos con la sabiduría de su talento y robustecidos con las fuerzas de su corazón, a quienes dió la clave de las lenguas sabias, para quienes abrió el mundo encantado y risueño de los poetas clásicos, a quienes inició en los secretos de la belleza helénica y ante cuyas atónitas miradas desarrolló el vasto panorama de la Historia, tengan para él ni recuerdos, ni gratitud, acaso ni una memoria que venga a dulcificar un instante su vida solitaria y a prestar el calor de un cariño desinteresado a sus largas y prolongadas vigili-  
as.

En este cuadro del sublime inspirado de la *Leyenda de los Siglos* están trazadas a mi ver las relaciones que unen al profesor con el discípulo, señaladas sus influencias y determinados sus deberes.

Misión civilizadora la del uno en que el afecto y la abnegación informan todos los actos, destino nobilísimo que pide en justa recompensa respeto y gratitud. Deber en los otros de amor y reconocimiento para aquellos que, dejando los mil atractivos de una sociedad bulliosa, se consagran al ajeno bien, inmolando en sus aras hasta las propias inclinaciones, que es el mayor y más grande sacrificio que al hombre es dado hacer aquí en la tierra, para dedicarse al estudio y a la enseñanza, callada y silenciosamente, sin miradas interesadas y torcidas intenciones, sin que nada les perturbe e inquiete, y satisfechos y dueños de sí mismos; que la vida de la inteligencia, acaso como providencial compensación de sus amarguras, afianza y afirma el espíritu en su propio valer, poniéndole muy por encima de las mezquinas pasiones de los hombres.

Un generoso destino tiene que cumplir, sagrados deberes tiene que llenar; a su saber y perseverancia está confiada en parte la suerte de la república. A él toca secundar eficazmente a la familia en la educación del niño, convirtiendo, como el alfarero, el barro informe y tosco, en ánfora de corte elegantísimo y clásicos contornos; formando sanas y vigorosas inteligencias, nobles corazones, grandes caracteres, honrados ciudadanos que serán mañana alma y vida de la familia, de la sociedad y de la patria. Tarea más difícil que la educación del niño,

pues en ella no cuenta con la docilidad y la sumisión, sino por el contrario tiene que luchar contra poderosos atractivos que distraen la mente de la serena contemplación de la verdad y lo divagan de las graves meditaciones científicas, pervirtiendo el espíritu a la par que corrompiendo el corazón.

¡Ay de él si aquellos que de su vida tomaron ejemplo y de su labio recibieron doctrina, se desvían y apartan del deber! ¡Feliz mil veces si en el proceso de su vida no tienen por él más que respeto y bendiciones!

¡Qué mucho que exijamos para el profesor el reconocimiento y el amor del discípulo! ¡Qué mucho que los encontremos ligados con estrechos lazos que se prolongan más allá de las aulas, uniéndolos en lo de adelante en todas las circunstancias de la vida!

Relaciones de respeto y de autoridad en el uno y de amor y gratitud en los otros: santos y misteriosos vínculos que influyen en nosotros en todo momento, en todas las etapas de la existencia y en las cuales está cifrada la estabilidad social, y tanto, que sin ellos nada puede cimentarse, nada resiste a las pasiones, y todo se derrumba y aniquila como si estuviera levantado en las móviles arenas de un desierto.

Ahora comprenderemos por qué la niñez y la ancianidad veneradas por la antigüedad pagana, aun en medio de su asquerosa corrupción, merecieron de sus moralistas y filósofos los más honrosos calificativos; por qué han sido objeto de una especial legislación en los pueblos cultos, y por qué la civilización moderna, que vive y alienta por el Cristianismo y para el Cristianismo, las ensalza y encumbra, que no en vano las tiene consagradas con divinas e inolvidables palabras.

A semejanza del anciano y del niño, el profesor y sus discípulos merecen todo nuestro respeto, por lo elevado de su carácter el uno y por su simpática generosidad los demás.

Ahora bien ¿cómo creemos los miembros de la Junta Académica del Colegio Preparatorio haber cumplido con nuestros deberes?

A vosotros, jóvenes alumnos, toca responder. Vosotros sois los que al ser llamados dentro de breves momentos a recibir el premio de vuestros trabajos, podríais contestar si vuestros profesores no tienen altísima idea de sus obligaciones y deberes, si no os aman, si no os

alientan y dirigen por recto sendero, poniendo en vuestro provecho su inteligencia y su corazón.

Vosotros sabréis corresponder a todo; sois jóvenes y generosos y esto basta.

Algunos de vuestros compañeros no están aquí; nos han dejado para consagrarse a más graves estudios, prueba evidente de que los deseos del Superior Gobierno del Estado tienen realización cumplida.

El éxito de vuestros trabajos escolares contribuirá y mucho para que, como hasta hoy, siga impartiendo a la juventud veracruzana su benévola y eficaz protección.

Jóvenes alumnos del Colegio Preparatorio, yo os felicito en nombre de la Junta Académica, deseándoos, en esta solemne noche que dejará en vuestra memoria imborrables recuerdos, una vida honrada y laboriosa y una carrera próspera y feliz.

## D I S C U R S O \*

En extremo difícil es el encargo que en esta ocasión me ha recomendado la R. Junta Patriótica, de venir a interpretar en esta brillante, solemnísimas fiesta, las ideas levantadas y los generosos sentimientos del selecto auditorio que, sin méritos míos, ni esperanzas de agrado, se digna concederme, esta noche, su discreta y benévola atención.

Cúpome la honra de ser nombrado para ello, y mal podía rehusarla, cuando no me pedían la palabra arrebatadora de orador elocuente, ni las altas inspiraciones del poeta, ni las profundas enseñanzas del sabio, sino que tan sólo me demandaban la sencilla expresión del sentimiento patrio, para encomiar ante el Pueblo el sagrado amor a la tierra nativa y el acento, siempre interesante, por lo agradecido y sincero, con que la generación presente debe recordar las nobles empresas de sus mayores y los hechos gloriosos de sus padres. Y sin embargo, ¡cuán grave tarea! por más que un solo pensamiento nos preocupe y un mismo sentimiento nos anime.

Hemos entrado, por fortuna, en los primeros años de una época menos inquieta y agitada, en que las pasiones de bando y de partido, antes tan recrudescidas y vehementes, debilitadas por tristes desengaños, rendidas al poder supremo de la verdad o enderezadas por un criterio más recto y atinado, alejan de la tribuna patriótica, ¡ojalá que fuera para siempre!, la voz enconada del combatiente, evocador inoportuno de fraternales rencillas y narrador intemperante de parricidas y fatales contiendas.

No seré yo, por cierto, quien ante los altares de la Patria, cubier-

---

\* Pronunciado en el Teatro Llave de Orizaba, la noche del 15 de septiembre de 1887.

tos hoy de palmas y laureles, ose turbar los nacionales regocijos con el recuerdo doloroso de luctuosos días, ni quien venga a remover el polvo de tres centurias para buscar en los restos de una civilización aniquilada y en los últimos trágicos anales de un pueblo infortunado, cuyas naciones desaparecieron del haz de la tierra, para dar plaza, en cumplimiento de ineludibles leyes, a sociedades nuevas, más vigorosas y cultas, los horrores e iniquidades inherentes al choque colosal de apuestas razas, y que caracterizan, no sólo las conquistas de las edades antiguas y de los tiempos férreos del siglo XVI, sino hasta las luchas y combates del filantrópico siglo en que vivimos, para relatar una vez más, el difuso capítulo de querellas odiosas y de acusaciones terribles con el cual, y en mengua de la verdad histórica, se pretendía condenar sin apelación, a la nación indomable y activa, grande y caballeresca del Cid y Cortés.

No seré yo, señores, quien faltando a vuestra confianza, malogrando vuestros deseos y echando en olvido convicciones firmísimas, ponga en mis labios contra la España conquistadora de medio mundo y domadora de estas tierras, por quien somos civilizados y cultos, el eco de injustificados reproches, insultándola, en la persona de sus hijos que viven a la sombra de nuestra bandera, con el escarnio mayor que darse puede, con el vergonzoso escarnio de ultrajarla en la misma gallarda y donairosa lengua, en que sublimes misioneros y legisladores sapientísimos dieron defensa y protección a la rama infortunada de Cuauhtemotzin, amparándolo en la cruz y salvándole en nombre de la civilización Europea.

No, señores; la misión del orador en estas fiestas, que son por naturaleza de general contento, es a mi juicio, más grave, más levantada y generosa, a menos que quiera, despreciando al discreto concurso que la escucha, halagar torpemente las innobles y mezquinas pasiones de un patriotismo extraviado, por arrancar un aplauso tan triste como efímero.

De ordinario se ha dicho y con empeño fatigoso en días como éste, que conviene traer a la memoria del pueblo los fastos de su historia, revivir, digámoslo así, en su mente, el recuerdo de sus luchas heroicas, para encender en su corazón, con más activo fuego, la llama benéfica de los afectos patrios. Hacerlo así es debido, mas por alta y

fecunda manera, no con bajo sentido, entre las brumas de un exiguo criterio, sino a los rayos de una filosofía fecunda en bienes, libre de trabas y prejuicios y suelta de preocupaciones de partido; a la luz de una filosofía superior y serena y ante todo justa, que la Historia, sin esta su ingente calidad, abdica de sus fueros benditos y tórnase sin ella, de soberana maestra de experiencia y manantial purísimo de vida, en perniciosa consejera y corruptura vil de las naciones.

De todos los sentimientos colectivos, de todos los afectos generales que dan carácter encumbrado a un pueblo, que son como la savia de su organismo, la fuerza de su ser y la manifestación patente de su actividad, ninguno más respetable y digno de loores que el amor a la Patria; ninguno más puro que ese afecto que nos encadena, con tiernísimos lazos, a la tierra nativa, germen de viriles cualidades políticas, productor de memorables hechos, conjunto maravilloso y divino de todo lo que existe de noble y superior en la humana naturaleza; y resumen de las aspiraciones legítimas de la mente y de las más excelentes virtudes del corazón.

En el amor a la Patria está contenido cuanto constituye la existencia del hombre: el pasado con sus santas memorias y sus ejemplos salutíferos, el presente con su provechosa actividad y el porvenir con sus risueñas esperanzas.

No es el amor a la Patria informe y ciego instinto, como el de la fiera al cubil en que la guarda el domador, que esto sería indigno de los divinos orígenes del hombre, sino don precioso de la Providencia, puesto en el alma del ente racional como elemento de perfección y de progreso, irradiación magnífica de su inmortalidad y prenda de sus altos destinos. Por él nos identificamos con cuanto de bueno y hermoso nos rodea, que obrando en nosotros por modo recóndito, es como aliento del espíritu y nervio poderoso de la vida.

Representa para el hombre el amor a la Patria toda la existencia: el pasado, con sus fastos luminosos por los cuales recibimos el caudal inapreciable de los siglos, ricos de experiencia y opulentos de verdad y de saber, que nos ponen en posesión de la ciencia conquistada por las pasadas generaciones, nos atraen a la virtud por la admiración, nos apartan del error por el esparcimiento y siembran en nuestro pecho la

gratitud para con aquellos que, sin miras bastardas y hasta sin anhelos de gloria y sólo por el bien común, se sacrificaron gustosos en aras de la Patria, dieron por ella su sangre y su vida, dejándonos con su memoria esa enseñanza del ejemplo, la más fecunda de todas y la más eficaz, por cuanto tiene de espontánea y sincera.

Por eso, señores, es la historia nacional, como la propiedad de todos, como el legado paterno de honra y de virtud que forma nuestro orgullo, nos afirma en el bien y nos obliga a acrecentarlo sin cesar; por eso la historia nacional, hasta para aquellos que no alcanzan a ver en el humano linaje un solo individuo, que conducido por la mano de Dios se agita entre dolores y sacrificios, en lucha por el perfeccionamiento y la verdad, es interesante y querida, y no sin razón, pronunciamos el nombre de los padres de la Patria con emoción y respeto, porque somos algo suyo y su memoria ejerce en nosotros influencia misteriosa, profunda y activa, en todos los actos de nuestra vida política y social.

El cielo hermoso de la Patria, sus campiñas fértiles y pingües, sus mares entumecidos o serenos, sus altas cordilleras, sus lagos luminosos, sus fastuosas capitales donde el arte atesora sus primores, y sus pobres aldeas de rústico decoro, son y serán siempre para nosotros los más bellos del Universo y los más queridos para el alma.

No es la luz, ni la verdura florida de las selvas, ni la majestad imponente de las cascadas lo que así cautiva y encadena nuestro corazón; ni el genio de nuestros artistas, ni el numen de nuestros poetas, ni la ciencia de nuestros sabios, ni la hermosura y virtud de nuestras mujeres; solamente lo que así nos impone su excelencia y su encanto, que esto y más que esto, hallaríamos en otras regiones y en otros países, es, todo lo que constituye la vida humana, los dolores allí sufridos y las alegrías allí gozadas; todo lo que forma la relativa felicidad del individuo, los elementos de bienestar con que combatimos, el premio de nuestros afanes y tareas, las leyes que protegen nuestros hogares y nuestras familias, la propiedad que dignifica los caracteres, el respeto que tranquiliza los espíritus, la libertad que ampara las conciencias y cuantos móviles nos impulsan y cuantas aspiraciones nos ennoblecen. Es el primer beso maternal que dejó en nuestro ser el suave perfume de

una alma que para nosotros vive, el poema de cariño incomparable, lleno de abnegación sublime y de ternura infinita, que nos arrulló en la cuna y cuyos ecos llegan después hasta nosotros desde las regiones de ultratumba; son los dulces amores de un corazón juvenil que iluminó nuestra existencia y dió al espíritu, entenebrecido por el dolor, fulgores siderales; es el lejano soplo de la edad florida lleno de ardor y de entusiasmo, las rosadas ilusiones que nos estimulaban al bien por el bien mismo y que nos hacían capaces de inauditas empresas; es el calor de la familia, el paternal afecto y el filial cariño, la dulce tristeza del bien perdido y de la esperanza malograda; la tumba modesta que guardó los restos de seres amados, y las mil voces que a cada paso nos traen a la memoria el recuerdo de otros días, regocijados unos, dolientes los otros, en que hemos dejado según la expresión del célebre poeta, algo del corazón en los zarzales del camino; la lengua en que aprendimos la primera oración; la religión que nos protege con sus alas; la creencia bendita en los eternos y santos destinos del hombre, colosal en su misma pequeñez, dominador de los elementos y rey de la creación que no acaba aquí en la mísera tierra, sino que más allá de los mares tenebrosos de la muerte, resurge a nueva vida alumbrado por el fulgor de Dios.

Pero el amor a la Patria encierra también el sentimiento del porvenir, ese sentimiento que con mirada perspicaz se adelanta a los años, penetra en las arcanidades de lo futuro, que se alegra y entusiasma con lo que allí descubre y que anuncia, afortunado, prósperos días completos y robustece la obra del presente, vigorizando la conciencia del propio valer, al mostrarnos en las risueñas lejanías de tiempos venideros, soles más venturosos y felices. Días de prosperidad para nuestros hogares, de bienestar y dicha para la sociedad de que somos parte, y de respeto y poderío para el suelo sagrado que regaron con su sangre nuestros padres, que será honrado debidamente por los hijos y que es como un pedazo de nuestro corazón.

Por efecto de su naturaleza y lo breve y fugitivo de su existencia, el hombre que vive en el pasado con la memoria, con la actividad en el presente y con la esperanza en lo futuro, encuentra en el amor al suelo

natal, objeto digno de fijar sus más delicados sentimientos para consagrarle lo más afinado de su corazón y lo más elevado de su inteligencia.

Por eso en todos los tiempos y en todas las naciones, se ha considerado el ostracismo como el más terrible de los castigos, más duro que la pena de muerte, porque es nada menos que despojar al desterrado de sus más caros afectos, de sus más sagradas memorias, encadenando su esperanza; por eso quien varía de nacionalidad sin nobles fines, pierde no poco de la confianza pública; quien reniega de su nación y de los suyos queda marcado con oprobioso estigma, y quien traiciona a su Patria comete un crimen contra la naturaleza y contra Dios, porque se traiciona a sí mismo, y hunde en el fango todo cuanto constituye su propia dignidad.

Cuando así se considera el amor a la tierra nativa, cuando así entramos a conocerlo y a estudiarlo, ¡cuán grandes no aparecen a nuestros ojos esos actos de abnegación y de heroico denuedo en bien de la Patria, que llenan las páginas de la historia de todos los pueblos!

Esto explica con harta claridad el brillo y el entusiasmo de estas fiestas, honradas por la ancianidad, ilustradas por la belleza y santificadas por la niñez, y a las cuales todos acudimos olvidando rencores y rencillas y unidos por el más puro sentimiento.

Si como hemos dicho, es oportuno y hasta necesario, traer a la memoria el recuerdo de nuestros mayores, las virtudes de nuestros abuelos y el sacrificio de nuestros padres, no olvidemos también, si nos preciamos de ilustrados y justos, que si los insignes varones a quienes la nación debe su autonomía, que si los esforzados caudillos que levantaron pendones de libertad contra el poder de la Madre España, en virtud del sagrado o inalienable derecho, y lucharon sin descanso ni tregua por la Independencia de la Patria hasta conseguirla y consumarla, merecen loor y admiración, son también acreedores a ellos los que sobre los restos de múltiples naciones, también conquistadoras, enemigos irreconciliables entre sí, destinadas a perecer más que vencidas por los hijos del sol, víctimas de su inferioridad natal y de sus propias rencillas, echaron los cimientos de una nueva sociedad; de los que fundaron la nueva nación de que somos hijos, que en cumplimiento de sus

destinos debía separarse más tarde de la Metrópoli para constituirse soberana e independiente.

Las diversas naciones que ocupaban este vasto territorio, desaparecieron de la escena política del mundo al empuje de formidables elementos, arrolladas por una civilización superior e invencible, por esa civilización europea de que hoy vivimos orgullosos, de vida enérgica, activa y audaz, hoy señora del orbe, radiante con el sol de sus adelantos estupendos y coronada con la Cruz, civilización superior a la de los antiguos pueblos de ambos mundos.

Que la sede ilimitada de los tiempos modificará en su forma, pero que no desaparecerá ni variará en su esencia, porque está asentada en los principios eternos de la justicia y del amor. Aquellos pueblos, cesaron de existir dejándonos los restos de una raza que se fundirá muy lentamente por desgracia, con otra de progenie mejor y más fecunda, y legándonos sus monumentos indescifrables, sus tradiciones sombrías y su historia nebulosa para todos bella e interesante, como los mitos de la boreal Escandía y menos sabia que las leyendas del Indostán brahamínico: una raza colectivamente irredimible y una historia muda y como muerta para los mexicanos de hoy.

Sobre los restos de aquellos pueblos decadentes, sobre las ruinas de sangrientos teocallis, surgió por el esfuerzo de España una nueva nación de carácter predominantemente latino, compartidora de un pasado envidiable y heredera de sublimes virtudes: la nación mexicana, cuyo primer movimiento propio conmemoramos hoy.

Es de justicia, y la justicia es la soberana de la conciencia, que ofrezcamos también un laurel a los fundadores del nuevo pueblo, recordando a sus notables gobernantes, a sus virreyes ilustres, a sus valientes capitanes, a sus sabios insignes y a sus misioneros piadosos, al rendir las palmas de la gloria ante nuestros memorables caudillos. Así honraremos el pasado con la generosidad del presente y mexicanos y españoles nos uniremos con el lazo más firme que caracteriza a la raza latina y que es distintivo honroso de los que llevan en sus venas ibéricas sangres: el viento sagrado del amor a la Patria; unos y otros saludaremos dignamente, con toda la efusión del alma, la próxima alborada de un venturoso día. Saludémosla, señores, con palabras que exacta-

mente expresen nuestros sentimientos para el porvenir, con aquellas palabras del gran trágico inglés que un poeta ha puesto en labios de aquellos, que, en fecha inolvidable de fraternal concordia y santo regocijo, enarbolaron por primera vez en el Valle de México nuestra hermosa bandera, limpia de sangre, magestuosa y magnánima: “Para mañana un hermoso día; paz sin nubes, feliz abundancia y días prósperos a las generaciones venideras”.

## B R I N D I S \*

No ha sido posible localizar dicho brindis.

De dicha pieza oratoria se dijo en *El Censor* de Orizaba, el 15 de diciembre de 1887, lo siguiente:

“Rafael Delgado, con la facilidad, corrección y elegancia de siempre, brindó por la Prensa Mexicana, siendo su brindis uno de los más aplaudidos...”

---

\* Pronunciado el 5 de diciembre de 1887 en el banquete ofrecido en Orizaba, Ver., al periodista americano E. H. Talbott.



## B R I N D I S \*

El diestro español don Luis de Mazzantini visitó Orizaba el 26 de enero de 1888.

Después de haber lidiado una corrida de toros le fué ofrecida una comida, servida por los señores Huici y Elizaguirre, y que fué unánimemente elogiada por los concurrentes.

En el lugar del agasajo se colocó una bella mesa en forma de T. Los invitados llegaban presurosos después de la corrida: unos como espectadores que habían sido, otros como lidiadores de la misma.

En el lugar de honor tomó asiento el homenajado, teniendo a los lados al Dr. Gregorio Mendizábal y al Jefe Político del Cantón.

Se encontraba, asimismo, el Cónsul de España, don Alfonso Martínez de Tudela, quien había presidido la corrida.

Ocuparon los demás asientos alrededor de la elegante mesa y disfrutaron amigablemente de las deliciosas viandas servidas, distinguidos intelectuales, miembros del comercio de la localidad y de la burocracia, todos ellos admiradores del *Matador*.

A la hora de los brindis, el doctor Mendizábal se levantó para leer el que el autor de *La Calandria* había escrito para esa ocasión; pero que debido a la muerte de su padre, acaecida el día 20, se vió imposibilitado para concurrir y decirlo de propia voz <sup>1</sup>.

Después de tal ofrecimiento de la convivialidad, hablaron sucesivamente los señores Martínez de Tudela, López Carvajal, Lara, Cuento y nuevamente el doctor Mendizábal, ahora por cuenta propia.

---

\* Pronunciado en la comida ofrecida en honor de Luis Mazzantini, con motivo de la visita de éste a Orizaba, el 26 de enero de 1888.

<sup>1</sup> *Este brindis no ha sido posible localizarlo.*

Todos los oradores desgranaron las perlas de su elocuencia en el decir, tuvieron alabanzas para el homenajeadó, para México y para la Madre España.

Las notas del Himno Nacional se confundieron con las del Himno de Riego y encendieron en patriotismo y respeto el corazón de los concurrentes.

El champagne desbordó la alegría y rompió valladares de contención y la frase ingeniosa volaba por todo el ámbito y los brindis particulares, que eso era la charla nacida en medio de entusiasmos incontenibles, se sucedían en forma bulliciosa y atropelladora en aquella reunión que dejaría en todos gratas remembranzas.

## D I S C U R S O \*

En el atrio de la Parroquia de Orizaba, “esquina que da a las calles de Medriñana y del 5 de Mayo”, se colocó la primera piedra de un monumento que habría de levantarse al señor Cura don Nicolás del Llano, que hizo tantos beneficios al pueblo orizabeño.

La iniciativa de esto partió de la señora Josefina Ocampo de Mata, quien no tuvo la suerte de ver que su proyecto tomase forma, por haber fallecido antes de la realización de su idea.

La población obrera apadrinó tal acto, siendo principalmente operarios de las fábricas de hilados de Cocolápam, de Nogales y de Cerritos y los del Aserradero de mármol de los señores Brisbbins y Cía., quienes demostraron mayor empeño en tal intención.

El acta levantada por tal motivo y firmada por los concurrentes, un periódico del día y varias monedas del año en curso, fueron colocados en una caja, la que fué depositada en el lugar donde se colocó la primera piedra.

Previamente fué leída públicamente la susodicha acta por el doctor Gregorio Mendizábal, quien además agradeció al auditorio la amplia colaboración y desinteresada participación tomada en esta sencilla ceremonia.

Y de labios del escritor don Rafael Delgado fué escuchado el discurso alusivo, que como todo lo de él fué “digno de su hábil pluma” <sup>1</sup>.

---

\* Pronunciado el 17 de febrero de 1889 en el acto de colocación de la primera piedra del monumento al Cura Nicolás del Llano, que habría de erigirse en el atrio de la Parroquia de Orizaba.

<sup>1</sup> *No se ha logrado encontrar dicho discurso.*

Nueve años transcurrieron para ser convertido en una realidad el deseo de los orizabeños.

El cuatro de diciembre de 1898 se inauguró la estatua del señor Cura don José Nicolás del Llano; pequeño homenaje rendido al buen sacerdote que dió al pueblo orizabeño toda su devoción y toda su fe; que le brindó la riqueza de su caridad, derramándola con creces en su parroquia, aun con peligro para su propia vida, cortada el 11 de octubre de 1849.

El pueblo de Orizaba le amó con gratitud, porque del Llano le comprendió, porque se “identificó con él, compartiendo sus tristezas y haciendo suyas sus alegrías, alivió al necesitado en su miseria; dió consuelo al desvalido en sus cuitas y amarguras, y consejo al poderoso en sus incertidumbres; fundó escuelas y cátedras para la enseñanza de la niñez y la juventud; realizó obras de comodidad y ornato para la población; se interpuso como mediador pacífico entre vencedores y vencidos en el largo y funesto período de nuestras disensiones civiles; desarmó la injusta ira de un invasor extranjero, y con sublime abnegación y espíritu verdaderamente evangélico, ofreció su vida en holocausto por la salvación de su pueblo, cuando una peste asoladora y terrible amenazaba la ciudad”.

## D I S C U R S O \*

Congréganos una vez más en este recinto nuevo certamen de la Sociedad de Concursos, y con este motivo se me concede la honra inmerecida de dirigiros la palabra, palabra débil, como mía, pero eso sí, serena y noblemente inspirada.

No ocuparé vuestra culta y benévola atención en el merecido elogio a que es acreedora tan patriótica y simpática Sociedad, cuando más elocuentemente que nadie hablan de ella sus propias obras, sus afanes nunca desalentados, la firmeza de sus propósitos, sus fines altísimos y su constancia a toda prueba.

El objeto de este último Concurso reclama en esta tarde el corto tiempo de que puedo disponer, y perdonadme de antemano si os llevo, a riesgo de fatigar vuestra atención, a los dominios ilimitados de la diosa de las flores, tan hermosos como las regiones del firmamento.

El amor a las flores será el asunto de este discurso, asunto que debe seros agradable, y tanto que si no consigo cautivaros con él, será por mi carencia de dotes y aptitudes, mas no porque la materia carezca de atractivo.

Dice gallardo escritor, uno tal vez de los más simpáticos de cuantos dieron gloria al período romántico: “que la flor da la miel; hija de la mañana, encanto de la primavera, fuente de perfumes, amor de los poetas y gala de las vírgenes, pasa rápida como el hombre; pero de-

---

\* Pronunciado en la Distribución de Premios hecha a los expositores que concurrieron a la Segunda Exposición de flores, pájaros y peces de ornato, el 24 de mayo de 1896.

vuelve dulcemente sus hojas a la tierra. Los antiguos coronaban con ella la copa del festín y los blancos cabellos del sabio; los primeros cristianos amortajaban con flores a los mártires y decoraban con ellas los altares en las catacumbas; y nosotros, en memoria de aquellos días, ornamos con ellas nuestros templos. A su color atribuimos nuestros afectos; la esperanza al verdor de sus hojas; a su blancura la inocencia; el pudor a sus tintas rosadas. Naciones enteras han hecho de las flores el intérprete de sus sentimientos: libro encantador que no contiene peligrosos errores y que guarda en sus páginas la historia fugitiva de las revoluciones del corazón”.

Aquí tenéis en pocas palabras la historia de la flor.

Cuando en una de esas noches tibias y consteladas, en una de esas noches serenas que tan plácidamente inspiraban a Fray Luis de León, en una de esas noches de suprema belleza, al dirigir nuestras miradas hacia las profundidades infinitas del cielo y contemplar esos millares de mundos, creados con peso y medida, que guiados por la mano de su Autor, navegan con rumbo seguro y determinado por los espacios inconmensurables del éter, nos sentimos sobrecogidos de asombro, y anonadados, y bajando la frente bendecimos a quien creó tales maravillas. Cuando al amanecer de un hermoso día, después de una noche en que la tempestad ha paseado por los espacios su cuadriga fulminante, nos gozamos en admirar el hermoso espectáculo de la mañana: los prados enfloridos, las llanuras húmedas, los bosques y las montañas que verdeguean y hacen alarde de su exuberante belleza, y nos extasiamos ante la perspectiva gradual de valles y hondonadas, a trechos bañados de luz o hundidos en la sombra, también entonces nos sentimos tentados de caer de hinojos y bendecir a Dios.

¡A la verdad que es admirable la Naturaleza cuando la contemplamos en su inmenso conjunto! Mas... ¿por qué, y sólo por caso raro, la estudiamos en sus pormenores, en los mil pormenores de su magnificencia?

El mundo de lo infinitamente pequeño ofrece a nuestras miradas misterios y maravillas tan grandes como las que cautivan nuestra mente en los astros que fulguran por las soledades del espacio. Una gota de agua que titila entre los pétalos de una azucena o en la nívea corola

de una rosa, es para el sabio mar vastísimo, en cuyas ondas se manifiesta la vida, lo mismo que en las profundidades del Océano. La vida de un insecto, el más pequeño de cuantos pueblan un tiesto de cinerarias, o la del pajarillo, flor del aire, que parece vivir del aliento de una flor, o la del ciprino dorado que se revuelve en el acuario, son para el sabio y para el poeta tan interesantes, como para el historiador la existencia agitada y tempestuosa de reyes y conquistadores, que pusieron pueblos y naciones bajo su cetro o tuvieron en sus manos los destinos del mundo. Para el indiferente que cruza por los campos sin detenerse un solo instante a contemplar las flores que bordan el camino solitario, las castas beldades que lucen multicolores vestiduras en el extremo de una rama mecida por el viento, no son más que las galas con que se adorna la Naturaleza en los hermosos días primaverales, un lujoso atavío pasajero y caduco. Nada valen para él esas tribus de convólvulos que abren al soplo de la brisa matutina sus ánforas níveas o sus cráteres de color de rosa; nada son los espinos floridos de las dehesas cuyos ramilletes embalsaman el aire. Mas para el poeta y el botanista son seres que viven y sienten y cuyas costumbres invariables y misteriosas, una vez estudiadas, importan la revelación de un mundo nuevo. Esos seres aman y sufren, y estos dos caracteres despiertan en el hombre secretos móviles de simpatía y afecto.

La flor ha sido siempre amada, en todos los tiempos y en todas las naciones.

Repasad conmigo, siquiera sea de paso, la historia de todos los pueblos, particularmente la de los pueblos meridionales, y veréis cómo la flor ha sido predilecta del hombre.

En el extremo Oriente, en la India maravillosa y encantada, la tierra de las pagodas y de los faquires, una de las plantas más bellas, el loto, tenía y tiene aún notabilísima importancia. Mirada con respeto casi divino es el símbolo de altas concepciones religiosas. Cultivada en los estanques sagrados, en el atrio de las pagodas, a la sombra de las palmeras, bajo los anchos y rumorosos abanicos de esta planta regia, simboliza la eterna palingenesia del hombre y del mundo, la destrucción constante y la reproducción sin término. Al borde de esos estanques, el faquir, ayuno y penitente, debilitado por la macera-

ción, contempla abismado las aguas azules y serenas, apenas movidas por el viento, y abstraído y estático hunde su alma en las misteriosas profundidades del Gran Todo.

En Egipto, en el sabio Egipto, en esa tierra de la antigua sabiduría, algunas flores eran consideradas como dioses, y la ninfea y el papiro decoraban los templos; la una con sus estrellas cerúleas; el otro con sus movibles y airosos penachos. Bien conocidas son las palabras del Satírico latino acerca de las divinidades egipcias. Las flores eran el emblema de la pureza, de la ciencia, de la fecundidad y de la hermosura. El nenúfar daba la forma de los capiteles, el modelo de las regias vestiduras y de las tocas faraónicas, y llegó a ser en la escritura uno de los signos principales.

Si nos trasladamos con la mente a las tierras de Atica, en el tiempo feliz de los misterios, al templo de Eleusis, lleno de aquellas multitudes nacidas para admirar bellezas y criadas en la contemplación de las mayores obras de arte, veremos a los poetas coronados de laureles, de mirtos y de rosas de Chipre, y a los sabios ceñidos de amaranto, como si las flores de las tumbas dieran a su frente encanecida en las discusiones de la Academia, o en el Agora, en las luchas por la libertad del pueblo, algo como un nimbo de inmortalidad. En Roma eran prodigadas en las fiestas públicas y privadas; ornaban aquel marmóreo templo donde el pueblo férreo había congregado las divinidades de todas las naciones; esmaltaban mesas y triclinios en los banquetes de Lúculo; perfumaban las cráteras y las ánforas llenas de aquel cécubo oloroso cantado por Horacio; alfombraban la senda del vencedor en los grandes triunfos, y templaban con su aspecto variado y con sus aromas el horror de los juegos en el circo de Adriano.

Pero a pesar de todo esto, los antiguos romanos no veían en las flores más que un delicado producto de la tierra, un objeto de lujo, con el cual simbolizaban sus placeres y sus alegrías, sin alcanzar a penetrar ni el misterio de su existencia ni los encantos de su vida.

El espectáculo de los campos era en la antigüedad motivo para la contemplación de los dioses. Los bosques, las aguas adormecidas, las praderas y las florestas no estaban desiertos sino habitados por divinidades. Ninfas, náyades, nereidas y silvanos andaban por doquiera:

ellos desprendían de las ramas los frutos maduros que caían haciendo resonar las espesuras; ellos sembraban narcisos en las orillas de las fuentes; salpicaban de amapolas heredades y campiñas e izaban en las cañas sus ruecas cargadas de lana purpúrea. El campo era para ellos el imperio del Gran Todo. Pero llegó un día en que los tripulantes de una galera que surcaba las aguas del Tirreno, oyeron una voz que en lo alto de los cielos gritaba fatigando los aires: “¡Piloto, anuncia al llegar que ha muerto el dios Pan!” ¡En su retiro de Caprea supo Tiberio la triste nueva! Los tiempos quedaban divididos. Un faro celeste se encendía en Palestina y principiaba nueva edad.

Con el advenimiento del Cristianismo los campos quedaron desiertos. Con el Gran Pan habían muerto las divinidades campestres, y si los dioses que moraban bajo la gran cúpula del templo de Agripa iban a ver sus altares desiertos y sus aras sin ofrendas, y preparaban su partida, los que habitaban en playas y campiñas habían partido ya.

De la contemplación de aquellos campos solitarios, donde se descubrían aún las huellas del sátiro lascivo y de la ninfa tentadora, sacaron los cenobitas una nueva poesía, la poesía descriptiva, que si ahora, cuando quiere vivir sola, es presagio de segura decadencia literaria, entonces anunciaba la aparición fecunda de un sentimiento desconocido para los antiguos, el sentimiento de la naturaleza, que mira en cuanto le rodea la obra de un dios único y personal; poesía que halló expresiones nuevas y profundas para todos los afectos y para todas las pasiones, y vió en todos los seres la obra de una misma sapientísima inteligencia y productos de la propia mano, y en todos ellos, algo así como el sello de su mismo omnipotente autor.

Así quedó la flor elevada, y, digámoslo así, vivificada. Fué querida, y conservando mucho de cuanto el paganismo le había dado, se tornó por la idea cristiana, en un nuevo sér, o, mejor dicho, en parte de un sér nuevo que hasta entonces logró sitio en el gran escenario de la vida.

En la flamante poesía las flores conservaron la belleza poética que del mito y de la metamorfosis habían recibido, mas puramente como elemento amable de un arte que no podía desconocer su abolengo, y que fué como el encadenamiento de dos mundos, el de la sensualidad

y el placer, hermosamente cantado por Lucrecio y Horacio, y el del amor, y el sacrificio que tuvo en los monjes del Yermo y en los padres de la Iglesia latina y de la Iglesia griega, altos poetas, y más tarde en el Dante, el más digno de sus cantores.

Si la poesía cristiana tomó de los huertos virgilianos y de los trigales de Teócrito los dones de Flora, la arquitectura recogió también en ellos para decorar catedrales y basílicas, el follaje de las enramadas, corimbos y pámpanos, las corolas abiertas llenas del rocío de los cielos, y con ellos cubrió los templos, prodigando en fachadas y ojivas, en agujas y capiteles la pompa desbordada del reino vegetal, pero no como símbolo o emblema de un gran todo, esparcido en múltiples formas y en manifestaciones innumerables y diversas, sino como pormenores de una creación distinta de su autor, a él subordinada, y por él organizada y dirigida, en medio de los cuales el hombre se perdía como aniquilado en su pequeñez; pero no abatido, porque sabía que está destinado a muy altos sublimes destinos.

He aquí explicada la arquitectura cristiana, impropia-mente llamada gótica, la arquitectura de las catedrales de Colonia y de Burgos, estrechas y elevadas, con sus haces de columnas que traen a la memoria espesas selvas seculares; con sus arcos que se pierden al remontarse en parábolas infinitas; con sus naves angostas que nos recuerdan las galerías de las catacumbas; con sus agujas que parecen rasgar la bóveda celeste, y con sus ángulos aéreos que abren las alas como queriendo tender el vuelo hacia las regiones siderales.

El hombre en esos templos tiene que sentirse pequeño, como grano de arena al pie de una montaña, como aniquilado por aquella profusa decoración pétrea, que sobre la columna regular y pura, que robó a la palmera su tronco esbelto y pulido, y sobre la columna salomónica, remedo de retorcido tallo, que se levanta con esfuerzos de aspiración eterna, pone en arcadas y capiteles flora vigorosa que todo lo invade. En esa arquitectura vemos por doquiera la planta y la flor: ora el acanto caprichoso o la mandrágora misteriosa; el trébol ligerísimo y el lirio virginal, y en la estupenda ventana la roseta prodigiosa, emblema de la Rosa Mística, símbolo de la mujer elevada sobre todas las criaturas, simulando pálida zarza-rosa, a través de cuyos pétalos entran

en las naves luz de sol naciente y fulgores del cielo, débil reflejo de la ciudad de Dios.

Pero la flor no ha sido solamente emblema de las virtudes más amables y símbolo de los más puros afectos. En ella vemos también representadas las dinastías, la fortuna de los tronos y el destino de los pueblos. Díganlo en Inglaterra las dos rosas; en Escocia los cardos de una soberana, a quien mejor que otra ninguna, por desgraciada y bella, se han aplicado las palabras del trágico, llamándola reina de los tristes destinos; y en Francia las flores de lis y las violetas napoleónicas.

Ya véis, señoras y señores, cómo en las dulces hijas de la mañana nos han dejado, reyes y próceres, memoria de sus ambiciones y de sus desgracias, y cómo algunas flores llevan en sus pétalos un fragmento histórico manchado con una gota de sangre.

Si no temiera fatigar vuestra atención, os llevaría de mil amores a herborizar con algún botanista, en uno de esos bellos días primaverales, perfumados y luminosos, en que las montañas dejan ver sus cimas, cuando el cielo está lleno de pájaros y el aire de aromas; iríamos a través de las llanuras, o bajo los naranjales enflorecidos, en busca de una planta rara, o de una flor amada y preferida.

Las flores saben ser agradecidas y premiar con un don precioso el afecto de sus amigos; dan en cambio del afán de quienes las aman y cultivan un tesoro inapreciable, el tesoro de la salud. “Un curso de botánica, en los campos, mejor que en los jardines; es la higiene más pura —dice un naturalista de fama universal—. No es preciso tomar la infusión de las palabras salutíferas, basta ir a cogerlas para resentir sus efectos”.

De buena gana os llevaría a visitar los jardines célebres, no sólo aquellos que Delille ha cantado a maravilla, sino a muchos de cuantos en este siglo de opulencia cuentan las grandes capitales. El jardín es en el mundo moderno necesario complemento de la cultura civil. En la sociedad actual, en la sociedad europea, es algo como la escuela, la biblioteca o el conservatorio. En un tiempo estaba reservado a los reyes y a los potentados; en los años presentes es una necesidad de la vida pública, y por eso todos los gobiernos se empeñan en embellecer las ciudades con parques y jardines.

¡Son tan bellas las flores! Recordad, señoras y señores, la impresión dulcísima que embarga el ánimo al entrar en uno de esos sitios donde parecen alojarse con el esplendor de un soberano las hermosas hijas del reino vegetal:

Aquí y allá, bajo los arbustos, en amplios y caprichosos cuadros, viven por tribus y familias. Allí encontraréis el pueblo encantador de las liliáceas y de las irideas, entre las cuales descuella, altiva y orgullosa de su noble belleza, la azucena aristocrática, de pétalos níveos, linda señorita interesante y pálida; a su lado entreabren sus corolas embalsamadas los lirios del Japón, variables, multicolores, como la corte de un mikado; más allá los narcisos vanidosos, prendados de sí mismos y viéndose en el cristal del arroyuelo; en otro lugar los tulipanes que fueron delirio y locura de acaudalados señores holandeses, esos tulipanes que semejan enervadas odaliscas que esperan merecer la gracia del sultán, luciendo sus lánguidas cabezas y sus vistosos turbantes, y cerca de las tapias la capuchina de fuego devota resignada, desgranando, como la heroína del poeta, el rosario de los ensueños místicos.

Y allí veréis también la sinnúmero legión de las rosas, siempre de porte regio, estirpe siempre amada, que ora procedentes de Smirna lucen cándida veste, ora con aire de germánica raza se arropan como en abrigo de pieles, con musco montañez, y mil y mil, a cual más bellas, ya pálidas, ya de vivas tintas, entreabriendo sus capullos perfumados, siempre bellos y amables.

Y si entráis en el invernadero, ¡qué sorpresas os aguardan! Entre satinado follaje admiraréis las camelias, como Ninón, hermosas por naturaleza y destino, y cuyas variedades incalculables forman un catálogo de nombres ilustres en las letras, en las ciencias, en las artes, en el poder, en el valor y en la riqueza; flores que parecen lejanas esperanzas, ilusiones que nunca se desvanecen, sueño de dicha para remotos días, cuyo perfume buscamos en vano y cuyos encantos hacen palpitar el corazón.

Cerca estarán las floribundas azaleas, los rododendros, las magnolias de virginal aroma, y las gardenias de glaucos capullos, bellas como una niña engalanada con el traje de boda, graciosa desposada, ideal como la virgen con quien soñamos en los días venturosos de la

juventud. Flores por todas partes, ataviadas con ricos terciopelos y sederías suntuosas, como las begonias y las calateas; coquetas y espléndidas como las peonías, o tímidas y pudorosas como las violetas de Parma. Allí, bajo la cristalina techumbre, entre la innúmera región de los helechos incomparables y las gramíneas de grácil espiga y airo-sos penachos, que al llegar a sazón semejan columnas de humo o plumajes dispersos; allí encontraréis el coro incomparable de las orquídeas, tributo de todos los climas y de las más distintas zonas; caprichosas, de forma irregular, como diseñadas por séricos artistas o por japoneses pintores, raras por el color y la figura, glaucas las unas, metálicas o sombrías las otras, escondidas entre sus hojas, o tremulantes en el extremo de larguísimo tallo, exhalando perfumes que creyerais de un mundo desconocido, porque en nada se parecen a las flores cultas y populares, cuyo nombre aprendimos en la niñez y cuyo aroma llena el ambiente de la pradera o del humilde campesino huerto.

Pues bien, todas estas maravillosas flores no deben su belleza al cultivo de hábil jardinero, son fruto de largos y peligrosos viajes, y acaso de sacrificios heroicos. Todo se debe a esos naturalistas y sabios denodados, que dejando su patria, se aventuran en desconocidos y remotos climas, en las selvas de la India, en los bosques de Oceanía y en las montañas de América, a modo de tantos misioneros, en pos de esos ejemplares que son delicia del botánico, lujo de la dama, y ostentación del millonario. ¡Cuántos de esos intrépidos viajeros, descubridores de mundos nuevos, han perecido en remotas comarcas, víctimas del clima, lejos del hogar y de la patria, sin los afectos de la familia, sin el cariño de los hijos, perdida la esperanza de dormir el sueño del eterno descanso en la tierra nativa.

Se cuenta que herborizando en California, en aquella tierra que fué nuestra, descubrieron unos botanistas ciertas flores de singular hermosura. Para llegar a ellas era preciso caminar por unas rocas tersas y resbaladizas, al borde de horrendo precipicio. Los herborizadores se descalzaron y se hirieron los pies para humedecer con la sangre la peligrosa superficie. A ese precio fué conquistada una hermosa flor, que ya luce en nuestros jardines, la *escholtzia californica*, que, al decir de Eugenio Noël, debíamos llamar flor de oro de California. Amemos

las flores. Cultivad una planta, la más humilde, la más modesta, y aprenderéis a amar las flores, y comprenderéis cuán dulce afecto inspiran y qué dulces placeres dan en recompensa de ese cariño que tiene mucho de vaguedad encantadora de las primeras ilusiones.

¡Qué mucho que la Sociedad de Concursos haya puesto esta Exposición bajo el patrocinio de las damas, y que en esta fiesta estén congregadas la belleza y la juventud! ¡Nada más natural que la honraran quienes son por su hermosura las flores más galanas de nuestra culta sociedad! Debemos esperar —y así lo deseo de todo corazón—, que en los certámenes sucesivos, estos concursos, que a la belleza poética pueden unir utilidad y provecho, el éxito vaya correspondiendo más y más a los deseos y afanes de quienes los promueven y convocan. Entonces esas exposiciones hablarán, con más elocuencia que hoy, de la cultura de nuestro país. El amor a las flores, como el amor a la música, es en todas partes indicio de nobles sentimientos y de suprema ilustración.

Amemos las flores. Son buenas y amables en todas las épocas de la vida. En la niñez rodean nuestra cuna; en la senectud son prendas de los más nobles afectos; grato recreo en la edad madura, y en la senectud símbolo de eternas y consoladoras esperanzas.

---

Nota al anterior discurso: La mayor parte de este discurso está tomada por el autor de una Conferencia suya intitulada "*El Amor a las Flores*" y dada en la *Sociedad Sánchez Oropeza*, de Orizaba.

## D I S C U R S O \*

“Es tan verdad, señor, dijo Sansón, que tengo para mí que el día de hoy están impresos más de doce mil libros de la tal historia: si no, dígalo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso, y aún hay fama que se está imprimiendo en Amberes, y a mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzca”.

El Ingenioso Hidalgo *Don Quijote de la Mancha*.  
*Parte II, cap. III.*

De seguro que para un apasionado del idioma vernáculo, así como para un cultivador de la novela, no hay ni puede haber asunto más simpático, más interesante ni más atractivo que éste por cuya virtud y fuerza estoy aquí, en presencia de un auditorio tan ilustrado, tan florido y tan discreto.

La propuesta de venir a celebrar al Príncipe de los ingenios españoles, a prodigarle alabanza y aplausos merecidos, a rendirle palmas y coronas, y hacer todo esto en solemne función literaria, a la cual sería convocada la mocedad estudiosa de nuestras aulas, puso en mi ánimo

---

\* Pronunciado en el Teatro *Llave* de Orizaba, para conmemorar el Tercer Aniversario Secular de la publicación del *Quijote*, el día 8 de julio de 1905.

tentación tan poderosa e irresistible, que no vacilé un punto en aceptar el encargo, si honorífico y lisonjero, harto difícil y empeñoso.

¡Y cómo rehusarle! No podía ni pudo ser de otra manera, a menos que hubiese yo puesto en olvido mis aficiones juveniles, mi ocupación favorita durante más de siete lustros, el amor a las letras que fué regocijo de mis años mejores, que ahora divierte mis ocios, con el cual melifico mis tristezas, y que habrá de acompañarme, así lo espero, hasta el último día.

¡Cómo no aceptarle, siendo cual soy devoto fidelísimo del habla de Castilla, y desde mis primeros años lector siempre asombrado de tan insigne novelista!

¿Cuáles son las calidades de la obra cuyo aniversario secular nos tiene congregados aquí? ¿Por qué conmemoramos, como se ha hecho en tantas partes, la aparición de una novela, de una obra de pura imaginación, y no tienen fiesta secular tantas y tantas obras científicas de gran fustq, merecedoras de universal aplauso? ¿Qué significa y qué importancia damos a esta solemnidad consagrada a ponderar el mérito y la gloria de ese libro?

Es la novela, señoras y señores, narración gallarda, exquisita y entretenida de imaginarios acaecimientos, de supuestas aventuras y de particulares andanzas, urdida por el ingenio, tramada por la discreción, hecha con hidalgo propósito y noble designio, y realizada por modo artístico y con fines estéticos, para dar al espíritu plácido solaz y grato esparcimiento.

En ella cabe todo; cuanto existe está comprendido dentro de las lindes gobernadas por su prestigiosa varilla de virtudes; nada escapa de su detenida y minuciosa observación, y no hay abismos del alma, por grandes y profundos que sean, en los cuales no entre resuelta y audaz, como el buzo del poema germánico en las sirtes de proceloso piélago.

El novelista es, en cierto modo, como el poeta; mejor dicho: es poeta también. El mundo físico y el mundo moral son tema inagotable de su estudio. A fuer de artista, siempre sediento y nunca saciado de belleza, en ambos se aventura, se atreve con sus arcanos y se interna en todos sus laberintos, en pos de seres y de cosas, para consignar en

libros perfecto trasunto de los unos y visión completa de las otras, y para transfundir en su estilo hermosuras y primores, y perpetuar en vivideras páginas cuanto allí le interesa, le seduce, le conmueve y le cautiva.

Si un mundo le brinda con la verde llanura, con el río precipitado o sesgo, con la fuente limpidísima, con el arroyo parlero, con la placidez nemorosa, con las cumbres coronadas de nieve, con los cerúleos lagos, la irisante cascada, y el cielo tachonado de luceros; ofrécese asimismo hispida espesura, huraños bosques, encrespadas y devastadoras corrientes, pavorosas cavernas y pestíferas charcas.

Si el otro —magnífico también—, le descubre bajezas y ruindades, llagas y lepras del corazón, rebeldías de la carne, extravíos del pensamiento y desmayos de la voluntad, las pasiones y los sentimientos en formidable titánica lucha, contrapuestos y movidos por el interés y la concupiscencia, muéstrale al par delicadezas del espíritu, sublimidades del corazón, triunfos de la voluntad, dulzuras del sacrificio y heroísmos de la virtud, purísimos afectos y aspiraciones generosas: el hombre, el hombre, en fin, grande en su pequeñez, altísimo a pesar de su miseria, siempre igual y siempre el mismo en todos los tiempos y en todas las naciones, bañado en divina claridad y en sombras del Averno, caído bajo el peso de original pecado o exaltado por el esfuerzo de su albedrío, siempre anhelando excelsitudes, siempre ansioso de llegar al foco inextinguible de la increada luz que alumbra las conciencias.

Y como si esto no le fuera bastante, como si la tierra y el hombre no alcanzaran a satisfacer su inagotable actividad, suele ceñirse alas de fuego para explorar la nebulosa de los mundos imaginarios, o en rápido esquiife ornado de flámulas y banderolas, surca el opalino golfo de la brillante Fantasía.

Con motivo sobrado la novela, hermana de la Historia e hija de la Poesía, género por naturaleza variado y múltiple y por genialidad ameno y divertido, vive, prospera, culmina y refulge en cada lengua, y goza de privanza y soberanía en todos los países.

Siempre gustó el hombre de oír extraordinarias aventuras y de contar las suyas propias; siempre halló placentero el relato de la buena fortuna o de la dicha bien lograda, y en toda ocasión le fué simpática

y atrayente la triste queja de almas doloridas; que vivimos corriendo en pos de una felicidad engañosa y fugitiva; de cuanto al hombre pertenece nada es extraño para nosotros, y, como la melancólica reina virgiliana, tenemos piedad y compasión, nos condolemos de ajenos infortunios.

En todas partes florece la novela, y doquier fructifica con exuberante fecundidad. Variada en modos y maneras, diversa en sus tendencias, informada en estas o aquellas disciplinas, burlesca o gravadosa, erudita o vulgar, prócer o plebeya, descriptiva o filosófica, sentimental o cínica, satírica o piadosa, impura o casta, creyente o incrédula, determinista o defensora del libre albedrío, muéstrase rica de observación, opulenta de formas y colores, derrochadora de elegancias, eurítmica, suntuosa, consagrada al desinteresado culto de la Belleza.

Rota la unidad de razas y de pueblos; por doquiera tan diversos los caracteres, las costumbres, las ideas y la cultura; en diaria comunicación rapidísima multitudes y gentes, ha venido a ser la novela el continente ilimitado de cuanto mueve, conmueve y agita a la Humanidad, en su penoso camino a través del tiempo y del espacio hacia eternos luminosos ideales.

Obra de cien y cien artistas, conjunto de mil y mil rapsodias, es la caudalosa e infinita epopeya de la sociedad contemporánea. En ella palpita el corazón de las generaciones; en ella alienta toda su alma, y en ella están retratadas, en modo tal y tan perfecto, que los artistas, los filósofos y los historiadores futuros, estudiarán en esos cantos y en cada una de esas páginas el ser y la vida de las gentes actuales.

Esto explica, con suma claridad, que afamados publicistas, preclaros filólogos, célebres diplomáticos, renombrados estadistas, religiosos austeros y sapientísimos purpurados no hayan tenido a menos ocupar en ese género literario la docta y bien cortada pluma.

¡Qué más! La Ciencia, la envanecida Ciencia, tan engréida con sus adelantos y tan pagada de sus maravillas, sírvese de la novela para propagar sus verdades y difundir sus doctrinas, y hasta esa jurisprudencia novedosa que llama desequilibrio al genio, que suele desdeñar los esplendores del Arte y de la Belleza, esa jurisprudencia que, para dicha de la Humanidad, teje y desteje la tela de Penélope, y que se vive fra-

guando leyes, redactando códigos, comentando preceptos e interpretando lecciones, rebusca muy a menudo y por desdicha en libros malos —en *Nana*, en *La Fille Elise*, en *Madame La Boule*, y en *La Sonata a Kreutzer*—, premisas para anticipadas consecuencias: tipos, caracteres, casos, fisonomías y documentos que acrediten peregrina tesis, y sirvan de contrafuertes o de rodrgones a peligrosas teorías, fundadas en datos incompletos o en fenómenos inconstantes, acaso de imposible comprobación. ¡Como si las creaciones artísticas, por muy perfectas y sublimes que sean, ya procedan de Eurípides, de Shakespeare, de Calderón o de Cervantes —así se llamen Fedra, Hipólito, Otelo, Hamlet o lady Macbeth, Segismundo, Crespo, Claudia o Maritornes—, pudiesen reunir en sí, acumulados totalmente, cuantos dones y defectos, virtudes y vicios constituyen, determinan e integran la humana personalidad!

Esa deficiencia, mejor dicho esa imperfección, no amengua en lo más mínimo el mérito ni la excelencia de las creaciones artísticas, antes bien las aquilata y sublima, y viene a ser en ellas como la firma o el sello del autor.

Así, deficientes, incompletas y todo, perduran en la memoria humana con vida tan robusta e intensa, que se confunden con las figuras mayores y más altas que al conjuro del talento, y evocadas por la Verdad cruzan, en solemne teoría, el vasto proscenio de la Historia.

Por esas creaciones, por tales obras, es galardón del genio la fama en el presente, el aplauso de los siglos y el homenaje de la posteridad más remota, pues, como dice un crítico español, gloria de su nación y de su raza, “*el maravilloso poder de crear caracteres y fisonomías humanas, reales y vivas, es entre todas las facultades artísticas, la que más acerca al hombre a su divino Hacedor*”.

Difícil y muy penoso es el trabajo del novelista, si quiere ser digno de este nombre; labor paciente y delicada la suya, a las veces tan ardua, que parece rayana en heroísmo. Fuera de la observación constante de todo cuanto le rodea; aparte del esfuerzo requerido para el hallazgo, la disposición y el desarrollo de una fábula, tiene que bucear en el ponto siempre obscuro y entumecido del corazón humano; vislumbrar las arcanidades y reconditeces de la inteligencia; examinar todo pensamiento; analizar las pasiones, y registrar y reconocer hasta en lo más

fino y oculto, el mecanismo de la voluntad de sus personajes, para que —al decir de Horacio—, se consten a sí mismos, y se muevan y se conduzcan lógicamente dentro del círculo de la concepción estética.

Largo y complicado estudio que resulta por extremo doloroso, porque el artista novelador, a quien debemos suponer dotado de selecta bondad, de exquisito sentimiento y de muy elevado sentido moral, tiene que descubrir deformidades repulsivas, repugnantes lacerias, podredumbres y lacras que ponen asco en quien las toca.

Además: si el pintor debe domeñar colores y pinceles; si el escultor debe manejar hábilmente el barro, la cera y el cincel; si el músico ha de señorear notas e instrumentos, así el artista de la palabra tiene que hacer del verbo radiante y poderoso materia dúctil, obediente y sumisa. ¡Y en esta obra, cuánta energía, cuánta constancia y cuánta paciencia le son necesarias!

Para plasmar sus figuras, para dar visión exacta de seres y cosas, para impresionar vivamente y producir la emoción de la vida, habrá de subyugar el propio idioma, ser hablista y estilista, elegante y castizo, diverso en mil maneras, según que lo pidan el tiempo, el sitio y los personajes, a fin de ser verídico y evitar la monotonía fastidiosa que produce un estilo, cuando se le pone al servicio de almas distintas del autor.

¡Ah! Y cómo tiene que luchar en esta labor y en tal empresa con las dificultades de la sintaxis; con las tenaces rebeldías del concepto; con la vaguedad atormentadora del giro; con la impotencia de la frase; con el término falto de belleza; con el epíteto que no acude, o que de pronto se escapa fugitivo como si temiera perder su tesoro; con la frase oportuna, exacta, propia, límpida, completa, *única*, que pinta, modela, esculpe y canta, y que solamente debe decir *lo que debe decir*.

En suma... Dirélo en cuatro versos de oro del más encumbrado de nuestros líricos:

*Tres heroísmos en conjunción:  
El heroísmo del pensamiento,  
El heroísmo del sentimiento,  
Y el heroísmo de la expresión.*

Desde lo alto del púlpito, en la Corte de España y en presencia de selectísimo concurso, el más conspicuo de nuestros oradores sagrados dijo no ha mucho, haciendo memoria de conocida frase, que *lengua de Dios* fué llamada por Carlos V el habla de Castilla. A fe que parece imposible dar con epítetos mejores que los hallados por el vencedor de Pavía para calificar algunas lenguas europeas.

Llamémosla nosotros *lengua de reyes*, por la riqueza prodigiosa de su caudal, por la inmensa copia de expresiones y giros, que a modo de cohortes le dan fuerza y poder, por la solemne pompa de sus cláusulas y por la entonación soberana y magnífica.

Ninguna de las otras lenguas latinas consigue superarla. “*El habla de Castilla* —dice uno de sus preclaros cultivadores<sup>1</sup>— *junta en los rasgos de su fisonomía la belleza de los idiomas clásicos con la brillantez de colorido de los orientales, y la esmaltan las perfecciones más aventajadas con que se enaltece el habla de un pueblo; en ella se reúnen en consorcio admirable la nobleza de la idea y la expresión más gallarda de la forma, los colores más ricos de la imaginación y los tesoros más delicados del sentimiento, los esplendores de la materia y los deleites más apacibles del espíritu. . . y es la hija más afortunada de aquella matrona nobilísima, que, salida del Lacio, acompañó al pueblo romano en sus descubrimientos y conquistas, heredera de su augusta majestad, maestra de toda urbanidad y cortesanía, archivo de todo primor y gentileza*”.

Esto no empece para que atesore otras peculiares hermosuras: dichos, galanías, modismos y proverbios que son como señales y manifestaciones de inagotable actividad. Blanda y flexible, enérgica y acerada, lo mismo expresa las vehemencias de la pasión que la caricia untuosa de sentimientos apacibles; se desborda impetuosa en torrentes de elocuencia, y sabe declarar industriosa las delicadezas de todo afecto en frases de suprema dulzura; acierta a expresar conceptos de la más elevada y sutil especulación, y si es canto de serafines en boca de sus místicos, y música de céfiros en labios de sus bucólicos, da elegancias y brillos al estilo de la picaresca, y —como apunta un crítico<sup>2</sup>— “*supo*

<sup>1</sup> DON MIGUEL MIR, *Discurso de recepción en la R. Academia Española*.

<sup>2</sup> MENÉNDEZ PELAYO, en respuesta al discurso ya citado.

*convertir los harapos de Guzmán de Alfarache en púrpura imperial*".

¡Qué tesoros que tiene, qué bellezas que guarda para el afortunado que ha podido conocer, siquiera en parte mínima, el vasto repertorio de las letras castellanas! ¡Con razón muchos ingenios le han consagrado la vida, y otra que tuviesen habrían de consagrarle!

Paréceme la castellana literatura inmenso y variado continente, tierra encantadora y encantada, donde residen el Ingenio y el Arte.

Si entramos en ese reino, cuyo cetro empuña, desde hace tres siglos, el insigne Cervantes, podremos admirar pintorescas llanuras, enmarañado tupido bosque, repuestos valles, montes cuyos picos se pierden en las nubes, vegas y heredades engalanadas con los presentes de Abril, o enriquecidas con los frutos de Otoño.

Allí, a la sombra de los encinos, en la ribera de aquel riachuelo, tañe la dulce avena el dulce Garcilaso; en las playas de un mar velífero prorrumpe el divino Herrera en salmo jubiloso, en acción de gracias por la victoria de Lepanto; entre aquellas ruinas canta Rioja los estragos del tiempo y el poder efímero de la humana grandeza; en aquellos cármenes, a la sombra del *arbolillo ingrato*, adula el buen Arguijo la corriente encrespada del Guadalquivir; en aquel cortijo cuenta Baltasar de Alcázar los incidentes de una cena; por aquellos caminos, en aquellas plazas, frente al castillo próximo a desmoronarse, cantores anónimos o desconocidos relatan leyendas: encuentros con la morisma y triunfos de la Cruz; desastres de la Media Luna y proezas de cristianos; fechorías de bandoleros y aventuras de amor; victorias de reyes y virtudes de santos; en el portalón de aquella granja, al rayo melancólico de la estrella vespertina, o a la claridad misteriosa del plenilunio, al són de la guitarra querellosa, revuela y aletea, expresiva, rápida y aérea, mariposilla tenue, la copla multicolor, hija del sol y del vino, y gime y arrulla, suspira ternezas y presiente añoranzas.

En aquel monasterio, ante la inmensidad celeste, se extasía Fray Luis de León con los esplendores de una noche serena, en aquel templo y en aquella cátedra suelta Granada el venero irrestañable de su beatífica elocuencia; en la penumbra de aquella estancia, más bien de monjes que de reyes, salmodia —que no canta— Don Felipe II, en glosa singular, su falta de contentamiento; por el retiro de aquellos

jardines trova Don Felipe IV en castizas y conceptuosas espinelas su doliente viudez, mientras un príncipe arrebatado en plena juventud al amor de las Musas y al cariño de España, se plañe de amorosos desdenes. En aquellas aulas, en aquellas cámaras prelaticias, en ese hospicio franciscano, Vives, el Tostado, Raimundo Lulio, a par de los Albornoces, los Huartes, los Gracianes, los Guevaras y los Foxos, levantan el severo edificio de la Filosofía española. En esa biblioteca, en ese palacio, en aquella casita de encomendero, Hurtado, Mariana, Solís y Bernal Díaz consignan en páginas admirables la historia de la grandeza hispánica. En aquella ruidosa academia prodiga ingenio Góngora, y da vida a un arte ingenioso, rotundo, sutil con toda sutileza, cuyos extravíos, por mala suerte, hoy vemos renovados. En aquel huerto carmelitano murmura idilios celestiales San Juan de la Cruz, y en aquella celdita una mujer de iluminado espíritu y corazón de fuego, que era docta sin saber que lo era, y que, al decir de ella misma, *ni era fea, ni era tonta, y sólo Dios sabía si era santa*, en arrobos místicos, en éxtasis sublimes, canta el amor divino, y *muere porque no muere*. Por aquellos patios, hacia aquellos tablados resonantes con los aplausos y el bullicio de la farándula, Lope, Calderón de la Barca, Rojas, Tirso, Moreto y el mejicano Alarcón, llevan al proscenio, en comedias y dramas inolvidables, el habla, la fe, la historia, el carácter, las virtudes y los vicios de su nación y de su tiempo, y crean y forman el teatro español, ¡el primero del mundo!

¿Y qué si nos llegamos a plazas, barrios y callejas, por donde vagan mis señores los novelistas?

Aquél prócer de aspecto severísimo, persona de sumo valimiento en la Corte, que se adelanta en pos de un ciego y del muchacho que a éste guía <sup>3</sup>, es Hurtado de Mendoza, acaso de la misma sangre que los Condes del Valle de Orizaba; ese anciano de cabello corto, de frente despejada y ojos tristes, ése, ése fué quien nos trajo el deleitoso libro de Cervantes: es Mateo Alemán <sup>4</sup>; aquel sacerdote de harmoniosa lira, no-

---

<sup>3</sup> Niegan algunos críticos que Hurtado de Mendoza sea el autor del *Lazarillo*. Nos referimos a la opinión común.

<sup>4</sup> Vid. el artículo de don Luis González Obregón intitulado: *De cómo vino el Quijote a México*, publicado en el periódico *Artes y Letras*. 1905.

velista sobrado en donosuras, estudiante salmantino, militar en Flandes y en Italia, es Vicente Espinel; de ese abogado elocuente y sagaz, vivo y gracejo, capaz de poner en libros al mismísimo Diablo, ya sabéis el nombre: Luis Vélez de Guevara. Estos son los creadores de la novela picaresca y de truhanería. Lo saben todo, en todas partes han vivido para conocer la vida popular, y darnos en divertidas páginas tipos y más tipos: ladrones, bravoneles, rufianes, mendigos, arrieros, trajinantes, lazarillos, sopistas, cómicos, estudiantes, busconas, hidalgos de gotera, celestinas, tapadas y mozas del partido. Y no hay cosa que ignoren ni alma que no sepan describir, ni cuarteles que no hayan pisado, venta que no hayan visto, hostel que no conozcan, aula que no pinten, ni prostíbulo que no haya ocupado su atención. Si encantan con el vigor de su estilo, con la opulencia de su palabra y la verdad patente de sus cuadros, el talento de observación es en ellos tal, y tan profundo, sutil y minucioso que por él, y por la fuerza y originalidad de sus inventos y ficciones, se dejan a la zaga y se adelantan victoriosos a los más aplaudidos novelistas del último siglo, superándolos con esto y con la nobleza de propósitos, como informados de más alto sentido moral.

En esa república de narradores elegantes y de gentiles prosadores, en ese mundo de la novela hispánica, tiene el Manco de Lepanto villa titularia, castillos, feudos y feudatarios, regio alcázar donde flamea, desde hace tres centurias, acariciada por auras de gloria, una bandera en cuyos dominios, como en los estados de Carlos V, nunca se pone el sol. Sí: no tiene ocaso, porque el habla de Castilla resuena en Europa, en Africa, en Asia, y desde las márgenes del Gila hasta en el último islote en que habita el patagón. Además, el Ingenioso Hidalgo goza de mirífico don de lenguas, y en millares de millares de libros, traducido en todos los idiomas cultos, pregona por doquiera la soberanía de su autor. Por este motivo, la novela que aquí conmemoramos ocupa sitio principal después de las Sagradas Escrituras.

Tiene el Genio conciencia de su poder, y al trazar las páginas con que habrá de fincar su vida en la memoria humana, siente el estruendo de próximos y lejanos aplausos, y auras lisonjeras le anticipan los vítores de la posteridad más remota.

Díjolo Cervantes claramente, cuando, por boca del Bachiller, vati-

cinó el éxito glorioso de su libro, y cuando afirmó que si *treinta mil ejemplares* de su novela estaban impresos, treinta veces de millares se imprimiría. Un gran poeta muy dulce y amable, Schiller, cuyo centenario acaba de celebrar la Europa Germánica, lo cantó celebrando al Genovés:

*Cuanto el Genio promete Dios lo cumple!*

Son tales la fuerza y vigor de esa creación, sin ejemplo en el género a que pertenece; es de tal empuje la invención de ese libro, que del *Quijote* puede decirse que es la novela por antonomasia, lo mismo para el docto que para el ignorante, para el discreto y para el falto de luces, y ¿por qué no decirlo? aun para quienes no conocen ni la capilla del ponderado libro.

Son en él tan positivos, tan reales, tan humanos y tan españoles los personajes, y tienen vida tan intensa como las figuras de más nervio resucitadas por la Historia. ¡Hasta las bestias allí pintadas viven y perduran a través de los siglos! ¡Libro excepcional que tiene innumerables virtudes: entretener al desocupado, doctrinar al estudioso, consolar a los afligidos, alegrar a los tristes, y deleitar a todos!

Mal se compadecería con las circunstancias placenteras de esta función literaria, divertida y amena, cuyas exigencias debo respetar, el estudio largo y minucioso de las calidades y excelencias del *Quijote*, y, aunque así no fuese, qué podría yo decir que no esté dicho, que vosotros no sepáis, y que haya pasado inadvertido a vuestra señalada ilustración?

¿Cuál fué el objeto de ese libro?

Paréceme que leo en vuestro pensamiento nombres y más nombres que a poco saldrían de vuestros labios. Sin duda; pensáis en aquellos libros de caballerías que dieron al traste con el juicio de don Alonso de Quijada; en aquellas historias que le hacían *pasar las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio*, y que al fin y a la postre acabaron por secarle el cerebro. Sí; me parece que mentáis a Lanzarote, a Palmerín de Inglaterra, y al muy famoso Amadís de Gaula; a cuantos encontró o mencionó el Cura en la biblioteca del hidalgo, y a los cien

caballeros andantes del ciclo bretón, del ciclo asiático y del ciclo carlovingio. Esas novelas —me diréis— eran extravagantes, absurdas, imposibles, de muy dudosa moralidad; extraviaban la imaginación de las gentes, corrompían el buen gusto, y eran, por toda causa, en sumo grado perniciosas. Y Cervantes, campeón del buen sentido, de la virtud, de la verdad y del arte, dió sobre ellos lanza en ristre y deshizo las murallas del mal gusto, tras de las cuales se amparaban y protegían, y así libró a España y al resto del Mundo de aquellos gigantes, de aquellos dragones, de aquellos barraganes forzudos y de aquellos paladines temerosos. El *Quijote*, me diréis, hablando al uso, —es una obra *trascendente*, un libro de *tesis*, sin más objeto que acabar con semejantes novelas; Cervantes mismo lo asienta y lo repite en varios pasajes, y lo apunta terminantemente en la postrera página.

Sí, eso declara; tal fué su propósito aparente y su designio inmediato, y por cierto que salió triunfante de tal empresa, con supremo valor acometida.

¡Ah! ¡Pluguiese al Cielo depararnos otro paladín de tamaño empuje que acabara con esos retablos de Maese Pedro, tan abundantes hoy en día; con esas novelas que andan por esos mundos de Dios —o si queréis del Diablo— en riña con la lengua de Cervantes, y con esas otras tan *confusas, misteriosas*<sup>5</sup> y anodinas, sin médula ni substancia, que nos vienen de allende el Bravo, y que no se llaman ni *Ramona*, ni los *Cuentos de la Alhambra*; y con esas fatalmente corruptoras que vienen a emponzoñar corazones, a entenebrececer espíritus, y a prostituir entre nosotros el concepto genuino de la novela castellana, que es la nuestra; a matar el buen gusto en las masas populares, y a retardar, por años de años, la formación de una literatura romancesca, genial, abundante y rica, cual corresponde a nuestro abolengo literario! Sí; digna de aumentar el repertorio de la novela castellana, que se honra con Valera, con Galdós, y con ese novelista montañés, en quien alienta espíritu netamente español, y que es, allá en nuestra literaria metrópoli, representante, conservador y glorificador de lo más castizo que tiene la novela castellana, y —como supo decirlo el autor de los *Episodios*

---

<sup>5</sup> *Confusión y Misterio*, de Hugo Conway.

*Nacionales*, y repetirlo el donoso estilista de *Pepita Jiménez*— paladín contrario a la invasión de modas, costumbres y usos idos de extraña tierra.

Sí; una literatura mejicana, debidamente española; digna de Rojas, el iniciador de la novela naturalista, cuando ni rusos ni franceses sabían que pudiera existir en el mundo algo que se llamase naturalismo; de Mateo Alemán, que supo estudiar la picaresca; de Vicente Espinel, explotado por Lesage, hasta beberle el alma; de Hurtado de Mendoza, leído por Shakespeare; en suma ¡digna de ser vasalla de Cervantes!

Mucho gustaban en aquel tiempo las novelas de caballerías. Tenían lectores y admiradores apasionados lo mismo en los regios alcázares que en las ventas humildes visitadas por el Ingenioso Manchego. Hurtado de Mendoza, el habilidoso diplomático de Carlos V, en ocasión solemne, de viaje a Italia, yendo por la posta, sólo llevaba dos libros: *La Celestina* y... el *Amadís*; deleitaron la infancia de Santa Teresa, y el herido de Pamplona los pedía para divertir el ocio en penosa convalecencia. Y si fuere cierto que el Embajador, dejándose de Amadises y Esplandianes, supo novelar las bellaquerías de un chucuelo; y la monja, tras pueril anhelo de correr en busca del martirio a tierra de moros, resuelta y firme reformó su orden y fundó conventos, Dios sabe cuánto influyó en el uno para no dejarle que fuera más antes hacia el arte castizo, la lectura de los famosos libros, y en la otra para decidirla en sus empresas; y es de pensar que en ellos había bebido el solitario de Manresa no poco del valor y del esfuerzo que supo infundir en sus milicias, legión de caballeros andantes, cohorte de briosos y bravos Amadises cuyo descanso es el pelear, y campeones invencibles de la más hermosa *Dulcinea*.

¡Cómo serían buscadas y leídas aquellas historias cuando sus palabras, frases y dichos perduran en el habla de Castilla, y muchos incidentes de ellas viven en la memoria del pueblo, y saltan a cada paso en la rústica leyenda y en los cuentos de las nodrizas! Habré de repetirlo sin temor, ya que hace poco lo escuchó Madrid de labios muy doctos y elocuentes: aún tienen atractivo para quien se atreve con esos libros, impulsado por la curiosa erudición, y logra vencer los nudillos y asperezas del estilo arcaico. Tienen poderoso imán poético. Hace menos

de un siglo, un revolucionario musical, Ricardo Wagner, señaló en esas obras manantial abundoso de bellezas para los cultivadores del drama lírico, y el mismo insigne maestro bebió en ellas. ¿Qué son sino caballeros andantes Sigfrido, Tanhauser y Tristán? Y por último... recordadlo, señoras y señores: una reminiscencia de cierto romance de caballerías, arrancada de un terceto del Dante, terceto que parece vaciado en bronce de Corinto, dió a un ingenio español, recientemente laureado por la Europa culta, asunto y título para el más dramático de sus dramas.

Todo esto puede darnos idea de la solidez con que estaban puestos en el gusto general los libros de caballerías, y cómo para echarlos por tierra fueron menester la risa y el empuje del Genio.

Mas no por eso creamos que antes del *Quijote* no hubiera quienes acremente censuraran esas novelas. No fueron pocos: baste la mención de uno solo: Luis Vives, el eminente pedagogo, quien reclamó fueros y leyes contra tales libros, para salvar a la sociedad de aquella plaga. Pero dejemos, si os place, al Manco de Lepanto, el mérito de toda la obra, y confesemos que no celebramos ni admiramos el *Quijote* por ella, ni por ese triunfo rendimos palmas a su autor.

Mal sabrá leer entre renglones quien os diga que las dos salidas de *Don Quijote* sólo tuvieron ese objeto.

Los libros de *tesis* —y malísimo carácter para la creación artística es la tesis— suelen aparecer vigorosos, entre aplausos y vítores, pero tienen efímero esplendor y pasan pronto, a menos que una creación robusta, o primores de estilo los avaloren y acrediten.

Aceptada la *tesis*, generalizados el pensamiento y la idea esenciales, resuelto el problema, (más bien por extraños factores que por la obra misma, pues el artista sólo puede presentar casos particulares o símbolos brumosos), los libros *trascendentes* pierden en fama cuanto tuvieron de privanza, y acaban comidos de polilla, en espera del erudito diligente o de la búsqueda paciente del bibliófilo. ¿Qué son al presente las novelas de caballerías? Algo parecido a ciertas novelas del siglo pasado en las cuales se pretendía resolver más de un problema, de esos que suelen proponer la educación, el pauperismo, la desigualdad de fortunas, la iniquidad de una ley, el antagonismo entre el capital y el

trabajo, o la esclavitud de los negros en un gran pueblo, empeñado por codicia y soberbia en rebajar la dignidad del hombre.

¿Por qué, pues, celebra el mundo esa novela, es decir, un libro de pura imaginación, y no tenemos fiestas y aniversarios seculares para tantas obras de indiscutible mérito, que son orgullo de la ciencia?

Porque la Ciencia, —no la que celebra el centenario de un alcaide, cuyo abuso pide ya la intervención de la ley —sino la seria, profunda, prudente y utilísima, se distingue por una cualidad que con otras muchas la adorna y ennoblece: la modestia.

El Arte es vanidoso, santamente vanidoso, porque solamente así puede corresponder a su destino providencial. Tiene derecho a la vida, y no debe ni puede vivir oculto en el escondite de ignorada biblioteca o en privado museo, y necesita de la imprenta, del periódico, de los libros, del salón, de la plaza pública, del teatro resonante, si no quiere morir infecundo. La Ciencia, por lo contrario, segura de su buen éxito, no busca publicidad; sabe que su obra prodigiosa es fruto de las vigili-  
lias de muchos sabios, aportadores y contribuyentes de sendos granu-  
litos de saber; sabe que nadie, así se llame Newton, Cartesio, Berzelio, Linneo, Laplace, Leverrier, Edison, Sechi o Pasteur, puede atribuirse o todo el mérito de una conquista, o la gloria total de algún invento; no desconoce, ni puede desconocerlo, porque así la Historia se lo enseña, que vive de hipótesis, y que una hipótesis puede ser sustituida con otra mejor y más satisfactoria; y no se envanece de sus adelantos, ni se engríe de ellos, porque tiene bien sabido que al presente, cuando artes, religiones y teogonías son discutidas por la Crítica, andan en tela de juicio hasta los principios fundamentales de las ciencias exactas<sup>6</sup>. Y el Arte sabe que las creaciones de los genios, Homero, Esquilo, Virgilio, Dante, Shakespeare o Miguel de Cervantes, son trasunto del hombre, y tiene comprobación de su excelencia en el humano linaje, porque viven con la vida de la Humanidad.

¿Celebramos el *Quijote* por la magia y el encanto de su inimitable estilo; por la opulencia de su léxico; por el caudal de voces revelador de otras tantas ideas; por el gracejo insuperable; por las crudezas festivas,

---

<sup>6</sup> Vid. Lowatschevski; *La Geometría no euclidiana*.

regocijadas y de altísima intención; por el decir castizo y elegante; por su espíritu plenamente español, a tanto extremo que no hay entre tantos libros como España tiene, estilo ni modos ni maneras de mayor carácter castellano? Debiéramos llamarle océano del habla de Castilla, en cuyas olas y cresterías, en cuyas playas, arrecifes y abismos pueden estudiar filólogos de la estatura colosal de un Cuervo —y éste sí que lo hace en libros portentosos— la historia de la nación ibérica; sus relaciones con los demás pueblos; su comercio y trato con fenicios y cartagineses; su lucha épica y heroica con el poder romano; su acción sobre los bárbaros; su guerra de ocho siglos con el moro; sus descubrimientos y conquistas aquende el Atlántico, cuando después de enarbolar el estandarte de la Cruz en las almenas de Granada, impulsada por Dios y guiada por el Genio —por un genio digno de tales valedores— lanzó a la mar sus carabelas, y plantó su bandera en las alturas del Popocatépetl; y luego, mientras imperaba en Flandes, en Italia y en toda Europa, con mengua de su propia vida, se abrió el corazón y dió corriente a un río de sangre generosa y prolífica, que fué riego fecundo desde las orillas del Mississippi hasta el estrecho de Magallanes!

No sólo celebramos el *Quijote* por sus bellezas de invención, reflejo de todo un pueblo, patentes para el vulgo; sino por otras recónditas, arcanas, escondidas, y como en reserva para lectores refinados y exquisitos. En ellas está el alma de Cervantes; su concepto de la vida; su amor a la verdad y a la justicia; sus ideas acerca del hombre y de sus cosas; su queja triste y dolorosa, mal disimulada por la sonrisa; su lamentación regocijada y satírica, la de un espíritu supremo lastimado y ofendido, que perdona, pero que encuentra en la burla inofensiva consuelo bienhechor; su honrada protesta contra dolos e injusticias, y el culto fervoroso a cuanto exalta y dignifica a los hombres.

Pero algo mayor y más alto hay en esa novela, por lo cual tiene principalmente asegurada perdurable vida, aquello en que finca todo artista su mayor ambición: la creación fuerte, serena, excelentísima, de seres humanos; el poder excelso, exuberante y comprobado de crear almas, caracteres y fisonomías humanas, reales y vivas: *la facultad que le asemeja a su divino Autor.*

El maleante bachiller; la frágil Maritornes; el barbero taimado; el cura prudente; el ama resabiosa; la sobrina dulce, pero egoísta; la Teresa Panza, práctica, avariciosa, con su encantadora vanidad femenil que no consiguen debilitar los años; y Sanchica, sincerota, burda, franca, amiga de perendengues, trapos y collares, deseosa de bien parecer y de encumbrar, tanto que la emoción la pierde cuando sabe que el escudero ha llegado a mayores, ¿no son criaturas reales, de carácter propio, verdaderas y humanas?

¿Y qué diremos de Don Quijote y de Sancho?... ¡Que no hay literatura, ni antigua ni moderna que pueda preciarse de poseer tipos más acabados, de vida más intensa, en quienes resplandezca más vívido y completo el carácter singular y propio, dentro de la general fisonomía de la humana personalidad!

No seré yo, por cierto, quien se detenga a puntualizar las calidades que distinguen y determinan a uno y a otro personaje. Ofendería, si lo hiciera, vuestra cultura y vuestra señalada ilustración.

Hase dicho que el uno representa la ensoñadora idealidad, y el otro la realidad materialista y prosaica, elementos inseparables en el humano espíritu. Tengo sabido, y lo sabéis vosotros, y así lo enseñan críticos y comentadores, que los ingenios de aquel brillante y áureo siglo no sabían ni entendían de semejantes abstracciones, al menos en la manera que algunos atribuyen a Cervantes, y que la expresión simbólica no pasaba de la pintura, de la retórica y del blasón; pero sería locura —muy necesitada de albergue en la *Casa del Nuncio*— negar que tales cosas significan los dos principales personajes de la gran epopeya cuyo mérito estamos admirando.

Así aventajó Cervantes a otros genios, y así, en síntesis maravillosa, en dos creaciones sublimes, en un loco discreto y en un labriego zafio con mucho de buen sentido y no poco de gramática parda, entre burlas y veras, entre lágrimas y risas, presentó y personificó la dualidad característica del hombre, su prosa rastrera y su lirismo de alto vuelo, y dió por fondo a sus figuras el magnífico panorama de una nación y de una época, y ambas tan bien comprendidas y expresadas, que si algún día se perdiera en la historia cuanto se refiere a las instituciones, costumbres y hábitos del pueblo español durante ese período, así como

la Ciencia reconstruye un tipo con un fragmento, así con el *Quijote* se repondría lo perdido y se recobraría lo falto, y por Cervantes volveríamos a ver rediviva y palpitante la España de los siglos XVI y XVII.

Si la obra del insigne lisiado es completa por la inventiva, no lo parece menos por la pintura de cosas y por la suprema creación de almas. Si por todo esto ocupa Cervantes lugar preferente, como escritor (no libre de lunares, por cierto), también le tiene. El habla de Castilla puede vanagloriarse, y con razón, de esa novela que es monumento de su poder, de sus calidades y de sus bellezas. Allí se muestra con todas las hermosuras que la distinguen: opulenta, gentil, profunda, gráfica, sentenciosa, delicada y exquisita, en grado tan alto, que parece atesorar en cada página todas sus galanías y perfecciones.

Es tan maravillosa la palabra de Cervantes, que cuando por buena suerte, se deslizan de la pluma, sobre la cláusula más floja, más desabrida e incolora, una voz, un giro, una expresión o un dicho cervantescos, adquieren los períodos de vida, nervio, actividad, intención y colorido, como si las irradiaciones de aquel verbo sublime estuviesen diseminadas en chispas para refulgir en todas partes. Me le imagino como el Sol, que si esplende en los espacios etéreos, prodigando en las nubes los colores de su imperial paleta, torna en diamantes las arenillas del arroyo.

Si el estilo es el hombre, si las obras artísticas son, en cierto modo, reflejo de su autor, y si en esto, en aquello, o en todo, los hijos se parecen a sus padres, el alma de Miguel de Cervantes tuvo extraordinaria hermosura.

Apuntaré una sola circunstancia, la cual sobra que sobra para que se nos revele tan alto espíritu.

Refiérome a la moralidad de las obras de Cervantes, hasta cuando conduce a sus lectores por el más peligroso de los caminos; cuando presenta al hombre arrastrado por el vicio y víctima de las pasiones que más le rebajan y envilecen. Ni entonces pierde la suprema serenidad de su frase, reflejo de la serenidad de un espíritu siempre bañado en la celeste claridad de absolutos ideales.

No se complace en describir el mal, ni le fustiga despiadado, ni le

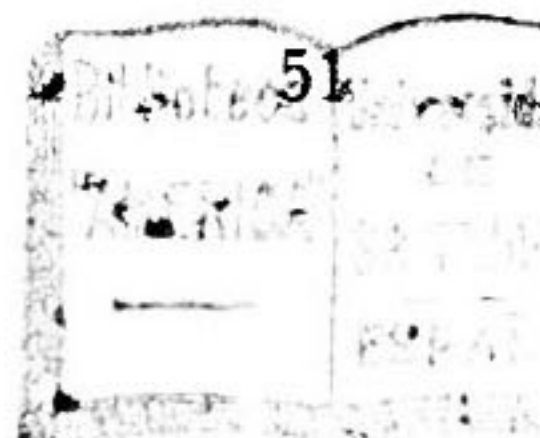
presenta en cínicos alardes, ni le huye con meticulosa gazmoñería. Le pinta y le expone tal como es, sin revelaciones indiscretas e inútiles; le mira con desprecio, y festivo, regocijado, le compadece, se ríe de él, y le pone en ridículo. Y son tales el gracejo y la sal de aquella risa, que parece que limpian lo más sucio y elevan lo más bajo.

Comparad, señores, los pasajes más crudos y escabrosos del *Quijote*, y aun de *La Tía Fingida*, (aquella novelita que Cervantes no estimó merecedora de llamarse ejemplar), con tantos y tantos en que abundan los novelistas contemporáneos, prodigiosos por la exquisitez y elegancia del estilo, y tanpreciados de su veracidad minuciosa, pero hipócritas, corrompidos, malsanos, y muy jactanciosos de su pretendida piedad social. Comparadlos, y respondedme: ¿no es preferible la fealdad salutífera de Maritornes a la hermosura enfermiza de Nana?

Cierto amigo nuestro, historiador y crítico, a quien no hace muchos años, en este mismo lugar, tributamos cariñoso aplauso, fué hallado una ocasión muy metido y engolfado en la lectura del *Quijote*. —“¿Qué hacéis? le preguntaron. —*Converso con Cervantes...* —respondió—. *Leí una flamante novela parisiense, y... ¡estoy desinfectándome!*”

Muy a la inversa de los libros a que me refiero, penosos, epilépticos, atormentadores, lúgubres y tenebrosos como una cripta donde yacieran, sepultados para siempre, toda alegría y toda felicidad placentera y dulce, las novelas de Cervantes, particularmente su *Quijote*, son alegres, luminosas como las alboradas de abril en esta bendita tierra, cuando viento impetuoso, que se perfuma en los naranjales enflorados, purifica el ambiente; respírase en esas páginas como en abierto campo, ante los infinitos horizontes. La verba y la risa de Cervantes remozan el alma, sosiegan el corazón, serenan el ánimo e insuflan vida nueva. Nos presentan soportables la miseria, la maldad y el egoísmo humanos, y amables y dulces, el ingenio, el arte y la virtud.

Y cuenta que el soldado de Lepanto, el cautivo de Argel, el acusado de infamia en Valladolid, se formó en el *rudo batallar de la vida*; que había padecido mucho; que el dolor había sido su compañero, y que el infortunio le había llevado a todas partes, hasta en aquellos sitios *donde toda incomodidad tiene su asiento, y todo triste ruido hace su habitación*. Pero Cervantes supo preservar su alma, salvar su co-



razón, y ni la envidia, ni la intrigante codicia, ni la venalidad solapada, sacrificadora de inocentes y débiles, ni la miseria, ni la calumnia, ni la ingratitude, consiguieron corromper aquel corazón hidalgo ni añublar aquel espíritu, excelso como sus creaciones, hermoso con toda hermosura, y cuyo ideal resplandecía en lo más alto de los cielos.

¿Han dicho los críticos de cierta escuela que la moral y el dogma cristianos entenebrecieron las artes y les quitaron su genial placidez? Bastaría leerles un libro de Cervantes para replicarles victoriosamente, pues no hay en todas las literaturas ingenio más cristiano.

Es alegre el arte antiguo, como un bosque donde acechan los sátiros a las ninfas que van a la fuente; alegría frívola y sensual, semejante a la de una mocedad precozmente caduca; al paso que la otra, la cristiana, la que informa y resplandece en los escritos de los Padres del Yermo, en las *Homilias* del Crisóstomo, en las *Prisiones* de Silvio Pellico, en la novela de Manzoni y en el *Quijote*, es tal y tan dichosa, que se me antoja la de un hermoso día estival, prometedor de espléndido crepúsculo y de una noche engalanada con todas las estrellas. El dolor pagano es compañero de la desesperación; el dolor cristiano vive sostenido por la *Fe*, fortalecido por la *Esperanza* y consolado por la *Caridad*. De fijo que nunca Cervantes, ni en momentos de suprema angustia, vió surgir a su lado el tentador espectro del suicidio, como tantos ingenios de la última centuria y de estos tiempos en que desfallecen las almas, se pierden los corazones por falta de anhelos generosos, y la juventud se malogra y se aniquila antes de llegar a sazón.

Por dicha nuestra la Humanidad no puede vivir sin altos designios y nobles aspiraciones, ni anda siempre en tinieblas, revolviendo el fango de las charcas; y no está lejano el día en que deponga su carga de abrojos, y como el personaje clásico, vuelva sus ojos al Cielo en busca de luz y salvación.

Entonces el Arte, hoy tan entristecido, recobrará su genial regocijo, su alegría cristiana, y los ingenios podrán vivir resignados para morir tranquilos, sin dudas, sin recelos y sin temores, en brazos de la *Esperanza*; lo cual será en ellos, como se dijo de Cervantes,

*prenda cierta  
de que pudo a la partida,*

*desde ésta a la eterna vida  
ir la cara descubierta.*

¡Qué mucho que al entonar España el canto secular en honor del príncipe de sus ingenios, le hayan hecho coro, como hijos de tan noble nación, los pueblos latinos de aquende el Atlántico, y que unas y otras voces hayan tenido eco simpático en las orillas del Tíber, del Rin, del Sena y del Támesis! ¡Qué mucho que la provincia de los Alegres, los Clavijeros, los Castros, los Seguras, los Torneles y los Pesados quisiera festejar el centenario del *Quijote*! ¡Y qué mucho que nosotros lo hagamos en solemne inusitada fiesta, para la cual convocamos, en oportuno certamen, a la juventud que se doctrina en nuestras aulas, invitándola a estudiar un libro de insuperable mérito, a tomar ejemplos en una noble vida, y a rendir al Genio el homenaje de la mayor admiración.

Además: ensalzar a Cervantes y su libro, es una obra patriótica, porque así exaltamos nuestro linaje literario, fortalecemos en nosotros los afectos de raza, y avivamos el amor a nuestro regio idioma —rara y única fuerza con que podremos contar en las luchas étnicas iniciadas al terminar el siglo XIX; fuerza de vigor incontrastable cuando ese idioma atesora las calidades del nuestro, y en el cual tendremos acaso, escudo salvador. Nunca pueblos de lengua superior fueron dominados definitivamente por otro de inferior idioma. Invadieron los Bárbaros el Mundo Romano, llegaron a Roma, y se dividieron el Imperio; Godos, Visigodos y Vándalos ocuparon España; pueblos del Norte señorearon las Galias y la Frigia; la Península ibérica fué ocupada por el Moro durante ocho siglos, y, a pesar de todo esto, lenguas romances hablan Italia, España, Francia y Rumania; al paso que las lenguas indígenas de América van muriendo una a una, sin que las pueda salvar el cariño entrañable de los filólogos. ¿Por qué —me diréis— no resuena en Constantinopla el idioma de San Juan el Crisóstomo? Pensad en la miseria suntuosa de Bizancio, y recordemos las palabras del Conde de Maistre: *Los Turcos están acampados en Europa.*

Esta conmemoración del *Quijote*, esta fiesta literaria en honor de Cervantes, es apoteosis de nuestro propio idioma, de este idioma que

hemos aprendido desde la cuna y en los labios más dulces para el hombre, y que es para nosotros como el aire que respiramos, como la sangre que hace palpar nuestro corazón. Con él vitoreamos a la patria y cantamos nuestra independencia; con él bendecimos a nuestros padres y bendecís a vuestros hijos, y con él confesamos a Dios! Procuremos conservarle, cuidarle, amarle, y enriquecerle en cada pueblo latino-americano con los propios particulares tesoros; esforcémonos en defenderle contra los amaños y dolos de cien y cien Uchalíes y Doradores que hasta en las mismas aulas conspiran contra él, auxiliados por algunos espíritus... *irreflexivos*, (no encuentro epíteto más piadoso), que parecen como predestinados a vivir venturosos en los baños de Argel; sí, contra quienes minan temerarios éste para nosotros último castillo, sobre el cual ondea el pabellón glorioso de Miguel de Cervantes.

Ignoramos qué suerte nos tiene señalada la Providencia, ni cuál será nuestro puesto, al llegar de los siglos, ante las arrogantes prepotencias que hoy prosperan, culminan y se disputan los escaques en que batalla la Humanidad; pero sí sabemos que un idioma poderoso es prenda segura de larga y enérgica vitalidad en razas y naciones.

Debemos esperar mejores tiempos. Os lo anuncio con fe profunda: en los albores del siglo XXI, al llegar días como éstos, será saludado Cervantes en el regio idioma de Castilla, y las gentes hispano-americanas tendrán laureles y palmas para el soldado de Lepanto, y para éste su prodigioso libro cual no vieron otro centurias pasadas, ni le verán las venideras.

## D I S C U R S O \*

El día 8 de diciembre de 1907 se celebró en la ciudad de Puebla la erección de la Universidad Pontificia de esa ciudad, resultado del empeño que tuvo para ello el Ilustrísimo Arzobispo de la Angelópolis desde que tomó posesión de dicho gobierno eclesiástico.

Varios actos fueron llevados a cabo, a cual más brillante y significativo.

En la Catedral angelopolitana hubo una función religiosa, con asistencia del Excelentísimo Delegado Apostólico, señor Ridalfi, quien ofició de Pontifical, y de los Ilustrísimos señores Arzobispo Ibarra y del Obispo de Huajuapán, doctor Rafael Amador; así como de los doctores del nuevo claustro universitario. Concurrieron, además, representantes de diversas instituciones católicas de enseñanza y lo más granado de la sociedad poblana.

Lucía la iglesia Catedral sus magníficas colgaduras de terciopelo carmesí, con franjas de oro, que hacían resaltar la suntuosidad del templo, y se complementaba el adorno con un rico servicio de altar y una profusa pero discreta y espléndida iluminación.

La parte musical del acto fué cubierta por un conjunto que se distinguió por lo acertado de sus interpretaciones, dando un fondo de ensoñación al acto celebrado.

La velada literaria se llevó a cabo en el gran patio del Palacio Arzobispal, decorado con derroche de sencillez, pero elegante y de buen gusto.

---

\* Pronunciado en la velada literaria que se organizó en Puebla, el 8 de diciembre de 1907, para celebrar la erección de la Universidad Pontificia de Puebla.

En uno de los extremos del susodicho patio se instaló la plataforma de honor y bajo rico dosel tomaron asiento los señores Ridalfi, Ibarra y Amador, acompañándoles los Doctores que formaban el claustro, los miembros del Venerable Cabildo, los Párrocos de la ciudad de Puebla, las comisiones respectivas y las personas que habrían de desempeñar algún número del programa.

Corredores y patio del Palacio Arzobispal, estaban pletóricos de concurrencia, entre la que se contaban miembros de la sociedad poblana y distinguidos intelectuales.

El programa se desarrolló con entusiasmo grande, sobresaliendo la alocución del Excelentísimo Delegado Apostólico, los discursos pronunciados por el Canónigo don Florencio Alvarez, por el Licenciado Silvestre Moreno Cora, y por el novelista Rafael Delgado, así como la poesía del señor Presbítero don Federico Escobedo.

Es de mencionarse que el Ilustrísimo señor Ridalfi dijo su alocución en latín.

El Canónigo don Florencio Alvarez inspirado en las doctrinas de una Carta Encíclica del Santísimo Padre Pío X, habló sobre cuál debe ser la índole del Plan científico que ha de seguirse en una Universidad Católica, y rompió lanzas en contra del modernismo, al que calificó como producto de la infección liberal y, por lo mismo, según su decir, como falseador de la verdadera doctrina católica.

Y cuentan quienes tal oyeron, que tal discurso fué vigoroso cuanto brillante y trascendental, y mereció los grandes aplausos con que fué acogido.

“No hay para qué decir que el discurso del atildado prosista Rafael Delgado fué un derroche de elegancia y galanura. El novelista orizabeño hizo el elogio de la ciencia y de la Religión en un admirable consorcio para el bien y el progreso de los pueblos. Su discurso fué una deliciosa acuarela de la Universidad Católica. Tuvo rasgos muy felices para destacar las figuras de los grandes hombres del saber y la fe”<sup>1</sup>.

La poesía, del Padre Escobedo, eximio cultivador del arte clásico, fué calurosamente aplaudida, dado que al gran mérito y a la brillantez

---

<sup>1</sup> La pieza oratoria del señor Rafael Delgado no ha sido posible encontrarla.

áurea de sus versos, sin mácula, se unió la merecida simpatía de que gozaba en Puebla, de cuyo Seminario fué una positiva gloria.

La parte musical fué cubierta con atingencia y se hizo digna de toda clase de elogios.

Para dar una importancia mayor al antiguo Seminario Palafoxiano de Puebla que se convirtió en la Universidad Pontificia, se reforzó el cuerpo de profesores, conservándose la planta antigua, pero haciéndose nuevas designaciones, ya que se crearon facultades como la de Medicina, la de Farmacia y la de Ingeniería.

Para la primera se nombraron al Dr. Gabriel Casillas, Dr. José de Ita, Dr. Manuel Calvo y Dr. Alberto Moreno; para la segunda se designó al doctor en química Manuel Mena; para la última se eligieron los Ingenieros Francisco Tamariz Oropeza, Joaquín Hernández y José C. Pacheco.



## ALOCUCION\*

Tenemos en casa muy simpáticos huéspedes, y la risueña Pluviosilla. . . (¿por qué no llamarla así, cuando vosotros también le dáis este nombre?), la ciudad hospitalaria y próspera, la de *clima benigno, suelo fértil, cómodo sitio y pueblo leal*; la ciudad pacífica y laboriosa, que es deudora de cuanto la distingue y engrandece a la munificencia divina, y de cuanto la dignifica y encumbra al carácter franco y generoso de sus hijos; la *Sultana de Oriente*, —como acertó a llamarla cierto meritísimo ingenio, decano de los poetas mexicanos— Orizaba la tórrida, se ha complacido en ofrecer a esta pareja de intrépidos y singulares viajeros *el pan y la sal* —símbolo de cordial y cariñoso recibimiento. (*Aplausos*).

Aquí me tenéis, pronto al reclamo de la amistad, atraído e impulsado por el amor y las añoranzas de esta tierra bendita, y venido aposta para tender entre vosotros que sois tan cultos y discretos e incapaces de calificar de haraganería el cultivo de las letras humanas; entre vosotros, admiradores de toda hermosura; entre vosotros que mil y mil veces os habéis congregado, aquí y en otros sitios, para tributar culto ferviente al Arte; entre vosotros y estos bohemios españoles las hebras de oro de la simpatía, y establecer por ellas una corriente recíproca de mística y deleitosa emoción.

---

\* Pronunciada en el Teatro Llave de Orizaba, la noche del 30 de mayo de 1908, para hacer la presentación de los señores don José Segarra y don Joaquín Juliá, periodistas y viajeros valencianos en la búsqueda de datos para el libro *La Ruta de Hernán Cortés*.

Permitidme —os ruego que me la permitáis— una reminiscencia histórica.

En la Roma de Horacio, de Virgilio y de Mecenas, en la Roma de Plauto y de Terencio, en la Roma de Augusto y en aquellos teatros abiertos y libres; abiertos a quírites y plebeyos y a la prodigiosa luz de aquel cielo incomparable que parece haber acopiado en larguísima serie de siglos toda la lumbre del sol y todos los fulgores del zafiro; en aquellos coliseos anchurosos, semicubiertos con un velo de púrpura, sin apariencias ópticas ni escénico artificio, dispuestos para dejar a las almas en plena posesión de su libre albedrío, a fin de que fuese más glorioso el triunfo del Arte; en aquellos escenarios donde imperó la soberanía de Roscio, aquel actor de quien Cicerón supo decir que honraba con su talento la escena como hubiera podido honrar con sus virtudes un trono; en aquellos proscenios resonantes con el terrífico acento de Medea y con la dolorosa lamentación de Edipo, con la frase incisiva de Plauto y con el chiste olímpico de Terencio, en toda representación solían aparecer dos figuras, que no personajes: el *Prólogo* y el *Epílogo*.

La una, indefectible, antes que el coturno o el zueco hollasen el foro; la otra después del festivo desenlace o cuando el nublado de la catástrofe se había resuelto en lágrimas.

El *Prólogo* era como un representante del poeta, o, si queréis, representación del arte más augusto, del arte de la vida; que vida ficticia es el poema escénico, pero tan fuerte y completa que se confunde con esa otra, por la cual vamos, y en la cual nos movemos entre risas y lágrimas los míseros mortales.

Grave el continente, majestuoso el porte, medido el andar, cruzadas sobre el pecho y echadas hacia atrás, por encima de los hombros, las puntas de la toga, llevando en la mano derecha una verdasquilla de avellano, emblema protector, propicio a la calma y a la tranquilidad del ánimo, como para indicar cuánto es necesaria la serenidad del espíritu en la estimación de lo bello y en la contemplación de las obras artísticas, si queremos gozar de las dulzuras incomparables de la emoción estética, adelantábase el *Prólogo*, y en pocas cláusulas, en frase compendiosa, relataba el argumento, indicaba los propósitos del autor, e insi-

nuaba la trascendencia del poema que iba a ser objeto de la atención del pueblo, con fines tan nobles congregado.

Y heme aquí esta noche ante vosotros y en este lugar, trayendo en la diestra el frondoso tallo, y con el encargo de papel tan peregrino, sencillo a la verdad, mas no por eso menos difícil y empeñoso.

¿Necesitaré deciros quiénes son estos jóvenes que veis a mi lado? Dos bohemios en el más noble, en el más selecto y en el más exquisito sentido de la palabra; dos soñadores, en quienes, sin duda, están latentes, pero muy vivos, dos caracteres señaladísimos de su raza y de su nación: la tendencia irresistible hacia la empresa dificultosa y el amor ingente a la Naturaleza y al Arte. Dos periodistas —dice alguno—, sí; dos periodistas viajeros, pero no de esos que van por el mundo en busca de la noticia escandalosa que habrá de saciar, por veinticuatro horas la curiosidad de un público frívolo y ocioso, o en pos del anuncio productivo que habrá de pringar las columnas de un diario y que servirá de aceite pingüe para cebar la fuliginosa candileja de la cuarta plana, o en demanda de una subvención que será obtenida sepa Dios cómo, y que importará de fijo el rebajamiento de un carácter y la prostitución de una pluma. (*Repetidos aplausos*). Dos poetas —agregaré yo, repitiendo el dicho de una insigne dama, gloria de su raza y de su nación— “*dos viajeros que llevan en la suela de su calzado de excursionistas partículas de la poesía aérea y alada*”<sup>1</sup>.

¿De dónde vienen? De allá, de aquella tierra que fué para el moro un paraíso y para el cristiano un pedazo de cielo caído en las playas levantinas; de aquella ciudad semiprovenzal y semimorisca que se aduerme en un lecho de flores, a las márgenes del Guadalaviar, a la vera de un río *blanco* como el vuestro; de la ciudad por quien el Cid habría combatido tanto como por el amor de Jimena; de la patria de Guillén de Castro y de Ribalta, de Teodoro Llorente y de Benlliure.

¿Por dónde han ido? Ya os lo dirán. ¿A qué vienen? Os lo dirán asimismo en plática sabrosa y elegante, divertida y amena, en torrentes de color que parece robado a las paletas de los pintores coterráneos suyos, o arrebatado de aquella huerta, de aquellas playas, de aquel

---

<sup>1</sup> Doña Emilia Pardo Bazán, en el Album de Segarra y Juliá.

cielo, de aquella albufera, de aquellos naranjales envidia de Grecia y tentación de Hércules, de aquellos jardines, de aquellos claveles y de aquellas rosas.

El *Prólogo* ha terminado su difícil cometido, y debe retirarse para que gustéis plácidamente de los prestigios de la música y del encanto de una palabra muy dulce y melodiosa.

¿Y aquella otra figura, me diréis, aquella otra figura del teatro antiguo, de la cual nos hablabais hace poco?

Por extremo importante era tal figura, y muchas, aunque breves, las dificultades de papel tan donoso, pues, como recordaréis, era la personificación de la crítica, esto es, de la cultura y del buen gusto. Aparecía en el foro sueltas las puntas de la toga, portando en la mano izquierda una rama de laurel, y sereno el ademán, apacible el semblante, adelantábase hasta el comedio de la escena, y en términos concisos y sentenciosos fijaba las enseñanzas del poema, y con la fórmula clásica, *plaudite, cives*, reclamaba para el poeta un tributo de gloria.

¿Deseáis saber a quién han sido confiadas las excelencias de papel tan gallardo? Han sido confiadas a vosotros, —al discreto concurso que me ha honrado, una vez más, con su benévola atención.

Al retirarme iré a buscar sitio al lado de tantos buenos y cariñosos amigos, y desde allí, cuando reclaméis el homenaje de gloria, me uniré a vosotros, para arrojar a los pies del conferenciante con los laureles del triunfo el puñado de rosas del aplauso.

## A L O C U C I O N \*

¡Muy doloroso e imponente es el acto que aquí nos tiene reunidos, alrededor de un féretro! ¡Singular contraste! La juventud, es decir, la vida y la primavera, asomándose a una fosa recién abierta, en torno de la cual solamente debían estar la senectud y la muerte.

Si hay en el corazón del hombre algo verdaderamente noble y levantado, en ese corazón que frecuentemente se remonta al Cielo y tantas veces se arrastra en el fango de la vida, no lo dudéis, mis buenos señores, es el sentimiento de la gratitud, sentimiento generoso, característico de la dignidad humana, sello divino que pone marca en todo corazón bien formado y llama que enciende en los espíritus fuego misterioso.

Pero ¡ay! cuán difícil en todo tiempo —y muy especialmente en estos días de egoísmo astuto y de intrigante codicia, en estos años de gárrula superficialidad y de moral rebajamiento, en que las gentes se placen de revolverse en el cieno de las pasiones más rastreras— el hacerse merecedor, legítima e indiscutiblemente, de un agradecimiento perdurable que nos siga hasta más allá de la tumba y penetre con nosotros generoso y constante en las tinieblas de lo desconocido! ¡Cuán difícil, diré más bien, heroico, dejar un nombre amable y respetado, y dejarle inscrito en mil corazones, sin que ni el celo ni la emulación, ni la envidia ni el dolo, sean osados a ponerle tacha y a desconocer sus excelencias!

Siempre fué esta Casa, desde los primeros años de su fundación, centro de franca gratitud y de hidalgos afectos, siempre por una y otros

---

\* Pronunciada ante el cadáver del Sr. Dr. Don Nicolás Díaz, Director del Colegio Preparatorio de Orizaba.

se distinguieron sus hijos, y en toda ocasión fueron modelo de invicto desinterés y de ejemplar abnegación. A tamañas virtudes, en épocas tormentosas y aciagas, debióse que este Colegio, el primero del Estado por la antigüedad y la cultura, cuna y conservatorio de tantos varones ilustres, célebres en las ciencias, en las letras, en la tribuna, en el foro, en la cátedra sagrada, en el consejo, en la magistratura, en el gobierno de los pueblos y hasta en los campos de batalla, resistiese como roca firmísima el proceloso embate de los odios políticos, el celo envidioso de improvisados régulos y los amaños de una sorda y cautelosa hostilidad. ¡Qué mucho que al desaparecer de la escena del mundo tantos maestros distinguidos y amados, discípulos y compañeros, turbios los ojos por el llanto, hayan venido, como ahora nosotros, a rendir el postrer homenaje de reconocimiento y de amistad melancólica y dolorida, a quien se iba para siempre de estas aulas que fueran para el viajero que partía objeto de predilección desinteresada y de constante amor!

Jamás olvidaré ciertos versos del autor de las *Armonías Religiosas*, intitulados *Pasando Lista*. El sublime poeta de todo cuanto hay de grande entre el cielo y la tierra y más allá de cuanto cubre la bóveda celeste, vuelve la mirada en busca de sus compañeros de infancia y de juventud, y con voz casi ahogada por los sollozos, cuenta los claros que en las líneas, antes muy largas y compactas, ha dejado la muerte, y en queja que sale del corazón haciéndole pedazos, dice que pronto no acudirá ninguno al toque de llamada.

Día a día, minuto a minuto, van clareando las filas; se acaban los amigos, los recuerdos se avivan, y la implacable segadora no desmaya en su tarea, complacida en acabar con las espigas que son legítimo orgullo del surco y de la heredad.

La Muerte, que apaga los rencores, que impone silencio a las malas pasiones, que acalla los gritos de la detracción sañuda, permite y hasta exige urgentemente que la voz del amigo se levante y pronuncie los elogios que la virtud y el mérito reclaman. Entonces la amistad obedece el imperioso mandato; entonces la gratitud vigilante y cariñosa no hace alarde de lisonjas ni lagoterías, y una y otra se yerguen conmovidas y vibrantes, serenamente justicieras, y precisan, cuentan, pesan y fijan hasta el mérito más pequeño para justificar su emoción

y su reconocimiento. Esa gratitud y esa amistad son las que ahora, por labios míos, cumplen decididas y francas con deber tan sagrado, y esparcen sobre este féretro las flores inmarcesibles del afecto y de la verdad.

Paréceme inútil repetir por cuenta mía o en nombre vuestro, cuanto está en vuestro pensamiento, en vuestro corazón y en vuestros labios, y que pugna por salir en alabanza de quien ha dejado amplísimo lugar en nuestras filas. ¿A qué repetir lo que todos sabéis, lo que proclama conmovida toda la Ciudad, haciéndose lenguas de la dulzura de aquel carácter, de la ternura de aquel corazón sensible a toda desgracia y pronto a toda empresa generosa, de aquel saber y de aquella discreción velados por la modestia, y de aquel rarísimo valer moral, que en el ejercicio de una profesión, que tanto exige ciencia profunda como desinterés y nobles sentimientos, le hicieron singular en toda circunstancia y en todas ocasiones? ¿Para qué hablar en este recinto, al cual le hemos traído para darle el último adiós, de lo que llena estas aulas, de aquel afecto en apariencia tibio, pero en el fondo muy vivo y ardiente, por todo y para todo cuanto a esta Casa se refería? ¿Para qué recordaros la sencillez del sabio, la dulce amabilidad del amigo y los modales finísimos y la perfecta cortesanía del caballero?

No recuerdo en qué parte (entiendo que en una leyenda sueca), leí cierta ocasión que hay una tierra donde al llegar el invierno, cuando la naturaleza se viste de blanco y dejan los árboles sus hojas, cuando las aguas corren como adormecidas, y no hay en las campiñas ni susurro de frondas, y la nieve principia a caer lenta, muy lenta, pertinaz, inagotable, hasta cubrir con inmenso sudario nítido, montañas, llanuras y caseríos, las palabras al salir de los labios caen ateridas y a poco se congelan. Pero pasa la estación de las nieves, soplan las brisas primaverales, y el pueblo alado que emigró en otoño retorna festivo, y los arroyuelos vuelven a serpentear por bosques y heredades, y las plantas se engalanan con follajes nuevos, prometedores de rica y pintoresca floración, y entonces las palabras que parecían ateridas, o, si queréis, muertas, se alzan redivivas, se diseminan por todas partes, y son como enjambres de mariposas, como bandadas de colibríes que van repitiendo por doquiera las maravillas de la inteligencia humana.

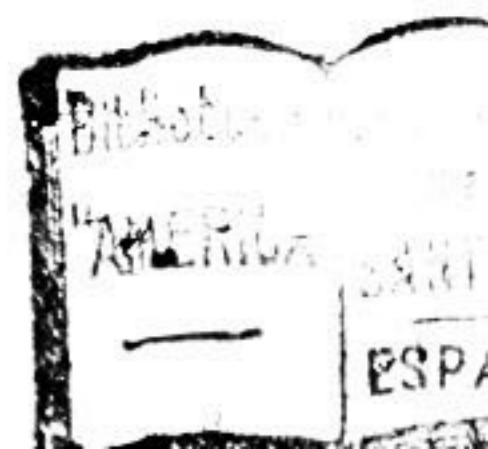


	Pág.
Discurso pronunciado el 1o. de marzo de 1886, en la distribución de premios a los alumnos de los establecimientos de enseñanza....	1
Discurso pronunciado en el Teatro Llave de Orizaba, la noche del 15 de septiembre de 1887 .....	9
Brindis pronunciado el 5 de diciembre de 1887, en el banquete ofrecido en Orizaba al periodista americano E. H. Talbott .....	17
Brindis pronunciado el 26 de enero de 1888, en la comida ofrecida en honor de don Luis Mazzantini, con motivo de su visita a Orizaba .....	19
Discurso pronunciado el 17 de febrero de 1889 en el acto de colocación de la primera piedra del monumento al Cura Nicolás de Llano .....	21
Discurso pronunciado el 24 de mayo de 1896, en la distribución de premios hecha a los expositores que concurrieron a la Segunda Exposición de flores, pájaros y peces de ornato, en Coyoacán ..	23
Discurso pronunciado el 8 de julio de 1905, en el Teatro Llave de Orizaba, para conmemorar el Tercer Aniversario Secular de la publicación del Quijote .....	33
Discurso pronunciado el 8 de diciembre de 1907, en la velada literaria organizada para celebrar la erección de la Universidad Pontificia de Puebla .....	55
Alocución pronunciada el 30 de mayo de 1908, en el Teatro Llave de Orizaba, para presentar a José Segarra y a Joaquín Juliá ..	59
Alocución pronunciada el 9 de abril de 1909, ante el cadáver del Doctor don Nicolás Díaz .....	63



ACABOSE DE IMPRIMIR ESTA OBRA EL  
DIA 13 DE AGOSTO DE 1953, EN LOS  
TALLERES DE IMPRENTA DEL DEPARTA-  
MENTO EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD  
VERACRUZANA

— EL TIRO FUE DE 1,500 EJEMPLARES —





*Rafael*  
DELGADO



DISCURSOS

OBRAS COMPLETAS VOL. IV

